



Madre de la Misericordia

Índice

Presentación	3
Retiro	5
Formación	16
Comunicación	26
Vida salesiana	40
Claroscuros	44
Pastoral Juvenil	58
La Solana	58
El Anaquel	60
El Anaquel: Jubileo de la Misericordia	67

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura y Xulio César Iglesias.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación

Madre de la misericordia

Redacción



Este del 24 de mayo es el último número de Forum.com de este curso. A lo largo de estos meses hemos traído a estas páginas muchas de las reflexiones en torno al Año de la Misericordia.

Ahora, en esta fecha, en la fiesta de nuestra Madre, la Auxiliadora se nos presenta como modelo de mujer que vivió la misericordia del Padre. Tanto se ha dicho y contemplado en las novenas, reflexiones y celebraciones de estos días.

La Madre de la Misericordia estimula nuestro compromiso por la compasión en los meses que tenemos por delante en este Año Santo de la Misericordia, un tiempo de gracia, de paz, de conversión y de alegría que concierne a todos. “No hay fronteras ni distancias que puedan impedir a la misericordia del Padre llegar a nosotros y hacerse presente entre nosotros”, decía el papa Francisco a los adolescentes y jóvenes participantes en el mes de abril en Roma de los actos de este jubileo.

A ellos les recordaba también: “Este tiempo precioso también os atañe a vosotros, queridos jóvenes, y yo me dirijo a vosotros para invitaros a participar en él, a ser protagonistas, descubriendo que sois hijos de Dios (cf. 1 Jn 3,1). Quisiera llamaros uno a uno, quisiera llamaros por vuestro nombre, como hace Jesús todos los días, porque sabéis bien que vuestros nombres están escritos en el cielo (Lc 10,20), están grabados en el corazón del Padre, que es el Corazón Misericordioso del que nace toda reconciliación y toda dulzura”.

Al final de su intervención, mirando a la María, les decía también: “Rezo por vosotros al Espíritu Santo para que os guíe e ilumine. Que la Virgen María, que es Madre de todos, sea para vosotros, para vuestras familias y para cuantos os ayudan a crecer en la bondad y la gracia, una verdadera puerta de la Misericordia”.

Este sentimiento está detrás de los subsidios que hemos ido ofreciendo y los que vendrán desde el curso que viene. Desde la publicación agradecemos cualquier sugerencia, comentario u observación, para ello está siempre disponible nuestro correo electrónico: forum@salesianos.es.

*Hacia un discernimiento creyente*¹

Francisco Santos, SDB

“Sin el carisma del discernimiento, ninguna virtud puede subsistir y permanecer firme hasta el final: él es madre y guardián de todas las virtudes”

(Casiano el Romano)

Introducción

La meditación que ofrezco se encamina a afinar nuestra sintonía con Dios para poder trabajar en estos días en las claves que son necesarias para un discernimiento creyente². Ninguno de los aspectos que presentaremos ahora será concluyente. Se requerirá la meditación y la oración de cada capitular para la búsqueda de respuestas personales que le ayuden a situarse ante la realidad que afrontamos en estos días. Acudimos como punto de partida de nuestra reflexión al **discernimiento** y al **conocimiento creyente** de la voluntad de Dios como base para el trabajo del Capítulo.

El discernimiento es un arte de entenderse con Dios, de comprenderse con el Señor. No es una técnica con la que nos apoderamos del lenguaje de Dios o de su querer. No se trata de una metodología en el sentido de las ciencias modernas. Porque es un arte de la comunicación entre las personas, no puede reducirse a una mera técnica psicológica para organizar la vida espiritual. El discernimiento lleva a la persona a adquirir la capacidad de **reconocer lo que es de Cristo y lo que finge serlo**. En discernimiento, las elecciones que la persona hace, tanto si son importantes como si son pequeñas, son elecciones que le hacen cristiforme, le hacen configurarse con Cristo. Esa persona adquiere la sabiduría con la que puede leer la historia, los hechos

¹ Adaptación del retiro de inicio del Capítulo Inspectorial 2016.

² Para este tema, seguimos entre otros y principalmente: Marko I. Rupnik, *Discernimiento*, Madrid 2001; Javier Garrido, *Discernimiento cristiano de la acción*, Frontera 67, Gasteiz 2009; Javier Garrido, *Discernimiento cristiano de la oración*, Frontera 68, Gasteiz 2009.

que suceden, y comprender cómo a través de la historia Dios cumple su proyecto de Salvación.

El discernimiento es un arte con el cual se mantiene una actitud pascual, que es el ámbito del encuentro entre el hombre y Dios, que es la revelación de Dios, pero también del hombre. Dios es Amor y el amor se realiza de modo pascual. El hombre es imagen de Dios y se realiza a sí mismo a la manera del Hijo en el que ha sido creado y salvado. Y el Espíritu Santo es el que nos hace hijos. El Espíritu Santo es el que inspira los pensamientos del Hijo para adquirir una mentalidad filial, y Él es el que nos da los sentimientos del Hijo. Y sólo con el amor que nos ha sido dado por el Espíritu Santo estos pensamientos y sentimientos nos hacen entrar en la pascua y vivirla hasta el fondo, hasta la resurrección. **No hay ningún acceso espiritual al misterio** de la pascua, ni la de Cristo, ni la nuestra en Cristo, **sin el Espíritu Santo**.

La cuestión del conocimiento

La finalidad del discernimiento es noble y digna, quizás lo más importante que puede hacer una persona: poner todo su esfuerzo en llegar a conocer la voluntad de Dios para su vida, para los asuntos que le conciernen, para vivir según el querer de Dios.

En este Capítulo Inspectorial, nos haremos muchas preguntas concretas, complejas y comprometidas; plantearemos diversos puntos de vista, intentaremos buscar respuestas a los desafíos de nuestra sociedad, nuestra cultura, nuestros jóvenes... pero nada de esto sería válido si no tuviésemos una común convicción profunda: querer hacer las cosas conforme al querer de Dios.

¿Cómo llegar a conocer la voluntad de Dios? Esta es nuestra gran pregunta, que tendremos que dejar planteada desde este momento y a la que tendremos que ir dando respuesta en los casos concretos que nos plantearemos. **¿Con qué medios contamos para conocer esta voluntad de Dios?** Tal vez lo mejor que podemos hacer en este momento es caer en la cuenta de los medios a nuestro alcance para llegar a conocer el querer de Dios. Veamos desde dónde podemos alcanzar el conocimiento adecuado para nuestro quehacer.

Desde la fe en Cristo

San Pablo, escribiendo a los corintios, contrapone la sabiduría griega a la fe cristiana por una razón evidente: **la locura del amor del Mesías crucificado**. La novedad cristiana no entra en el horizonte de ninguna filosofía religiosa. Viene de Dios, en acto soberano de autodonación. La **fe**, por ello, es un acto de locura por nuestra parte, correlativo a la locura de la entrega del Crucificado. No cabe domesticarla en virtud de ninguna sabiduría de lo universal. Sólo cabe hablar de la fe/confianza como condición trascendental del ser humano; pero creer en Jesús crucificado, muerto por nuestros pecados, como Mesías y Señor, sólo es obra del Espíritu Santo.

Paradójicamente, San Pablo concluye que la fe cristiana es **gnosis**, mejor, la única gnosis que conoce el misterio de Dios por dentro.

- Correlación entre la Palabra que anuncia el acontecimiento salvador de la Cruz y el Espíritu Santo que nos da el creer, y en dicho **acto de fe** se nos da, cabalmente, la luz de amor correspondiente a la autodonación de Dios.
- Tal luz es atemática, pero la conciencia humana es iluminada según la luz de la vida de Dios mismo. Desde nosotros, tal conocimiento escapa al concepto y a la imagen e, incluso, a la contemplación que trasciende lo particular y se unifica en el no-saber, pues su contenido propio no es la divinidad innombrable, sino la revelación definitiva de Dios en Cristo crucificado. Aquí conocer se llama unión de amor, corazón transformado según el corazón de Dios. **Se conoce por comunión de vida.** Hablamos de conocimiento “connatural” por dar a entender que la luz no es discursiva; pero su referente no es la capacidad humana de autoconciencia, sino **la vida teologal que Dios infunde en nuestros corazones para acoger su Palabra.**
- Esta luz teologal permite discernir lo que es de Dios y lo que no es, aunque se le parezca. Es **previa a todo análisis**, y más bien, todo discernimiento por análisis depende de ella.
- Es lo que diferencia al cristiano infantil del cristiano adulto. El primero vive la fe preteologalmente, y por eso, su conocimiento de Dios está condicionado por sus intereses humanos y preocupaciones partidistas, diríamos, por la ideología. Pero añadamos que **la fe en sí misma es teologal**, aunque en su ejercicio práctico sea vivida preteologalmente.

La tentación de la “iluminación”

La Iª carta de Juan se dirige a cristiano que se consideran iluminados, y por ello, se atreven a prescindir de la Palabra encarnada, dando **primado a su experiencia y sabiduría por encima de cualquier instancia considerada como “externa”**. En virtud de su luz interior, se colocan por encima de los otros cristianos, que dependen de mediaciones humanas, e incluso se erigen en jueces de las normas morales. Para ellos, su conocimiento de Dios trasciende el amor al prójimo, ligado todavía a lo terreno. Lo espiritual se eleva hasta Dios por encima de cualquier referencia contingente, por encima incluso de la humanidad del Hijo de Dios.

Juan arremete contra la tentación de la iluminación, estableciendo los criterios centrales de la experiencia cristiana:

- Nadie puede ascender a Dios sino a través de la Palabra escuchada, y tal como se ha dado en la historia y que se ha transmitido por los testigos. Sin fe no hay conocimiento de Dios.

- Este conocimiento es amor de fe por ser comunión con Aquel que es amor, y así se ha revelado en Jesús.
- Por eso no cabe conocer a Dios si no se ama al prójimo. Es decir, el que ama al prójimo de verdad y con obras conoce a Dios, aunque no lo sepa.

También para Juan **la fe es sabiduría y conocimiento**, pero originario, y no deducible de ningún intento humano de trascendencia religiosa. En este sentido, la identidad cristiana se presenta, de entrada, como escandalosa, y sólo a posteriori muestra cómo asume las aspiraciones humanas más hondas desbordándolas. El deseo religioso debe dar paso a la fe, para ser integrado positivamente en la fe misma.

Desde una vida teologal

El nivel teologal de la relación con Dios se da cuando nuestra percepción ha sido elevada a la acción propia del Espíritu Santo. En un cristiano se supone que, a raíz del bautismo, le ha sido infundido el Espíritu Santo y, por lo tanto, **la persona tiene fe, esperanza y amor; pero eso no quiere decir que viva teologalmente, desde la fe, esperanza y amor.**

Llamamos vida preteologal a esa fase en que la vida teologal está mediatizada por experiencias, actitudes y conductas que el evangelista Juan llama “carne”, es decir, las **posibilidades del hombre desde el hombre. Se tiene fe; pero no se vive de la fe.** Le ocurría a Nicodemo cuando interpelaba a Jesús desde la sabiduría de la ley y quedaba desconcertado cuando Jesús le decía que tenía que nacer de nuevo, porque la carne no sirve de nada; sólo el espíritu es el que da vida. Precisamente, **la carne es tinieblas que se opone a la luz, porque no quiere reconocer el obrar inspirado por Dios.** La carne no se refiere a los vicios, a lo instintivo animal y egocéntrico, sino a **las mejores aspiraciones de la persona por seguir a Jesús.** La generosidad de Pedro en la Última Cena, al querer entregar la vida por el Maestro, todavía es carnal.

El discernimiento, a nivel preteologal, se mueve dentro de lo **objetivable.**

A nivel teologal, necesita órganos propios:

- **Conocimiento interno del modo de transformar de Dios**
- Experiencia de aquello que **no nace de ningún esfuerzo humano** ni desarrollo de las facultades humanas, por ejemplo, la paz transicológica del abandono de fe, la obediencia desapropiada de deseos y proyectos, la esperanza que no depende de objetivos, el amor que da paso al amor de Dios...

El que no vive teologalmente, intentará siempre retraducir este lenguaje según lo ya conocido (aunque tenga formas altamente espirituales, por ejemplo de tipo místico), pero no podrá evitar la sensación de desconcierto. Dirá, racionalmente, que este

discernimiento teologal es complicado, demasiado sutil, y dará a entender su propia incapacidad para conectar vitalmente con lo verdaderamente espiritual según Dios.

Sugerimos un ejemplo ilustrativo: el discernimiento vocacional.

A nivel **preteologal**, depende de los siguientes factores:

- Cualidades humanas, **aptitud para la vocación** específica
- **Motivación espiritual correcta** y consistente, no mediatizada por motivaciones inconscientes subrepticias. Que el celibato, por ejemplo, haya integrado positivamente la sexualidad, sea capaz de autonomía afectiva y tenga unificado su corazón en Jesús.
- Entrega generosa.

El discernimiento **teologal** de la vocación no niega dichos factores, pero los resitúa radicalmente:

- Nadie es capaz de seguir a Jesús, si no ha sido llamado.
- La consistencia de la motivación ha de ser humanamente auténtica, pero depende de **la experiencia del primado de la voluntad de Dios en su vida**, que incluye la indiferencia espiritual. Por ello, el amor de Jesús se le ha ido haciendo amor de fe.
- Más que la generosidad de la entrega, lo que cuenta es la **humildad confiada**.

Abiertos al discernimiento

Vamos a pasar los siguientes días, y la segunda sesión dentro de unos meses en una tarea que es crucial para la vida salesiana en el presente y en el futuro. Nuestras deliberaciones y decisiones marcarán el devenir de nuestra vida salesiana. Someto a la consideración de los capitulares las siguientes cuestiones con el único deseo de ayudar a tomar conciencia de la tarea tan importante y la necesidad de poner la mejor de nuestras disposiciones durante este tiempo de Gracia que es el Capítulo Inspectorial.

Las preguntas que sugiero son parte de la reflexión que ofrezco, pero que no es más que un punto de partida. Tenemos que darnos respuestas, situarnos personalmente en actitud de búsqueda y de discernimiento para afrontar la tarea que se nos ha encomendado. Desde qué conocimiento queremos buscar la voluntad de Dios. Probablemente no sintamos la necesidad de hacer rupturas en nuestro conocer, pero sí será necesario armonizar todo lo que nos viene, discerniendo, lo que es de Dios y lo que no lo es. Necesitamos considerar el conocimiento en la fe –la sabiduría más que los saberes– para decidir según Dios.

Tendemos a pensar que el discernimiento es cuestión de análisis, en orden a verificar la verdad o el engaño de una determinada experiencia cristiana. Esta es una tarea esencial, sin duda. Pero, a la luz del Nuevo Testamento, **el discernimiento es cuestión de talante vital**, es el modo cristiano de estar en la existencia.

Si en el fondo –y todos estamos de acuerdo seguramente– lo que buscamos es conocer las cosas como Dios las ha creado, hacer las cosas que nos corresponde hacer siguiendo la voluntad y el designio de Dios, vale la pena recordar dónde está el fundamento de nuestro conocimiento, cuál es su cualidad principal y cómo se realiza.

Los grandes maestros espirituales hablan del gusto, del sabor del conocimiento y éste es precisamente el punto de llegada del discernimiento. Se trata de llegar a identificar los gustos que acompañan un conocimiento espiritual y, por tanto, de ejercitarse en hacer propia una memoria de tales gustos y sabores espirituales. **Cuando se adquiere una certeza del gusto de Dios y de los pensamientos que de Él vienen y a Él llevan, nos encontramos ante una actitud de discernimiento³.**

Para llegar a conocer la voluntad de Dios

La actitud de discernimiento consiste en vivir constantemente una relación abierta, **es la** certidumbre de que lo que cuenta es fijar la mirada en el Señor y de que no puedo cerrar el proceso de mi razonamiento sin la posibilidad objetiva de que el Señor se pueda hacer oír (precisamente porque es libre) y así me haga cambiar de idea. La actitud de discernimiento es lo que me impide ser testarudo: **no me puedo encerrar en mi razón, porque yo no soy mi propio epicentro, sino que lo es el Señor**, a quien reconozco como la fuente de la cual proviene todo y hacia la que todo confluye. La actitud de discernimiento es, por tanto, una **expresión orante de la fe**, en cuanto la persona permanece como actitud de fondo en el reconocimiento radical de la objetividad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, personas libres, es decir, en la fe.

El discernimiento, entonces, no es un cálculo, una lógica deductiva, una técnica de ingeniería en la cual equilibrio sin más medios y fines, ni una discusión, ni una búsqueda de la mayoría, sino un modo de oración, la ascesis constante de renunciar al querer y pensar propios, elaborándolos como si todo dependiese sólo de mí, pero dejándolo todo libre. Una actitud así es imposible a menos que uno esté movido por un gran amor, puesto que es necesaria una humildad radical. Precisamente **es la humildad el sentimiento que mejor garantiza el proceso de discernimiento.**

³ La interacción entre pensamiento y sentimiento afecta al proceso del discernimiento y es en él como el papel tornasol que indica la orientación del hombre. De hecho, la orientación concreta de la persona determina el modo en que percibe los pensamientos que la asaltan y, a su vez, a causa de una determinada orientación surgen en la persona determinados pensamientos. Estar atentos a la interacción pensamiento-sentimiento aprovecha porque ayuda a identificar el gusto de los pensamientos y del conocimiento mismo.

Pero sabemos bien que la humildad, igual que la libertad, sólo se encuentra en el amor, es una dimensión constante del amor, y fuera del amor no existe, del mismo modo que un amor sin humildad ya no es amor.

Toda sabiduría espiritual, por tanto, no es tal sin **la experiencia del amor de Dios**.

El discernimiento cuenta con una primera **fase purificativa**. Consiste en saber elegir los pensamientos que llevan a un reconocimiento radical de Dios, a ceder ante Él, a admitir que se ha elegido muchas veces uno a sí mismo antes que a Él, a reconocer que el verdadero epicentro ha sido el “yo” y no Dios. La primera fase del discernimiento reparte los pensamientos en dos polos: o Dios o yo. Se trata del conocimiento más profundo de sí mismo, de cómo me reconozco en la orientación más de fondo que llego a entrever: si me percibo como un “yo” que piensa, programa, actúa y protagoniza la vida en solitario, o si me percibo como persona de relaciones, lazos, en unión con los otros y sobre todo en la orientación radical que da vida, que es el reconocimiento de Dios en Cristo Jesús.

El discernimiento de la primera fase nos lleva a una experiencia sapiencial del radicalismo evangélico: o Cristo o yo. En realidad, no es así como se presenta la verdadera cuestión espiritual, porque este antagonismo es exactamente la consecuencia del pecado original. Aquí se está considerando el “yo” como el sujeto autoafirmativo que se identifica con la “carne” de san Pablo. El “yo” se siente realizado si es el centro de todo lo que existe, de la creación y las relaciones. En esto justamente está el engaño, porque eso significaría religar las cosas y las relaciones a un centro que no es vital, que no es la fuente. **Si el hombre elige a Cristo, elige todas las cosas de Cristo y todo le recordará a Cristo y le llevará a Él y se encontrará a sí mismo con Cristo en todas las cosas.** Si se elige a sí mismo, se dispersará en las cosas con las que busca salvarse y se olvidará de hecho de sí mismo al centrarse en las cosas que se volverán su tumba.

Discernir, entonces, significa descubrir por medio de los propios sentimientos y pensamientos las **mociones del Espíritu Santo** y llegar a admitir el pecado que hay que erradicar: el amor a hacer su voluntad, que es la madre de todos los pecados y se expresa de forma muy sutil para esconder el engaño grosero de autodivinización, de fundamentación de la vida en y para uno mismo.

La segunda fase del discernimiento, el **seguimiento de Cristo**, tiene su principio y fundamento en la experiencia a la que se ha llegado siguiendo la dinámica de la primera fase: un conocimiento de sí mismo en la propia verdad, de **verse como Dios nos ve**. Y al mismo tiempo una purificación de la idea de Dios que tenemos, liberándola de las falsas imágenes que le atribuimos, llegando a un conocimiento realista y verdadero, hasta **descubrir a Dios como el “Tú” fundante y absoluto, no sólo de la propia vida, sino de toda la historia**. Todo esto sucede en una experiencia de Dios como Padre misericordioso, que se revela como Amor en la creación y en la revelación.

El Espíritu Santo hace personal esta revelación para todo el que busca sinceramente a Dios. Por medio de su acción, experimentamos que Dios es nuestro Padre, que el Hijo -en el cual hemos sido creados y salvados- es nuestro Señor y Salvador. El Espíritu Santo obra con una atracción de amor capaz de hacernos establecer una relación personal con Dios. Esta relación tiene uno de sus máximos momentos significativos en la experiencia del perdón. En el perdón llegamos a la certeza de la experiencia de Dios y, por tanto, de la salvación que realmente hemos experimentado. Sólo Dios perdona los pecados. Sólo Él regenera a un hombre muerto, convirtiéndolo de pecador, de esclavo de sí mismo y de esa fuerza al mismo tiempo autoafirmativa y autodestructiva, en un hijo capaz de relaciones libres, tanto consigo mismo como con los otros y el mundo, precisamente porque se ha descubierto locamente amado por el Padre. El hombre muerto, como Lázaro en la tumba, siente la voz que le llama fuera (Jn 11, 43). Pero, en vez de la piedra que sella el sepulcro encuentra al Padre que se le echa al cuello para abrazarle. En este hecho experimentamos no sólo el perdón de cada pecado, sino que nos es perdonado el pecado, que somos lavados de él. Vemos de golpe cómo vivíamos apoyados en nosotros, y quizá la apertura a Dios era sólo fingida, ilusoria, cuando en realidad vivíamos de un modo autorreferencial.

Este momento es una realidad totalizante, la experiencia de ser sanados, una degustación de la nueva creación que se imprime en nuestro corazón y en nuestros sentidos, pero también en nuestro sentimiento y en nuestra razón.

Nuestra relación con Dios está fundada y realizada en la venida del Hijo de Dios, en su Encarnación, en su Pascua y en su vuelta al Padre. **Nuestra relación con Dios es posible porque Dios se ha relacionado primero con nosotros.** “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10). Cristo, relación acabada de Dios Padre con nosotros, los hombres, es también la única y plena relación nuestra, de los hombres, con el Padre. Nuestra fe es siempre una respuesta al amor con que Dios nos ha amado. Por tanto, es posible creer en Dios, relacionarse con Él porque Él se ha relacionado con nosotros y ha abierto la vía de nuestra vuelta a Él.

Cristo, éxtasis de Dios hacia la humanidad, es también nuestro éxtasis hacia Dios. El Espíritu Santo guía a cada creyente en esta relación con Dios, haciendo que Cristo sea para cada uno su Señor y que el camino de cada uno en Cristo sea totalmente personal, aunque junto con los hermanos y hermanas con los que experimenta la humanidad nueva restaurada en Cristo.

Cuando el hombre es tocado por Dios y llega al conocimiento de Él como Salvador, Dios comunica también el modo de vivir, o sea, la semejanza con Él. El conocimiento de Dios es transformador, cambia a la persona porque es una relación en la que el Espíritu Santo obra en la persona y con la persona. Si conoce a Dios es porque Él se relaciona con nosotros, nos salva con la clonación de sí mismo. Y su don nos hace semejantes, porque nos une radicalmente a su amor.

La fe en Dios nos da un estilo de vida y una mentalidad que crece en el conocimiento espiritual.

Por ese motivo crece una cultura cada vez más fuertemente impregnada del don recibido. Si, al contrario, el enemigo consigue llevarnos al cisma entre Rostro y contenido, aparece cada vez más grave el divorcio entre el Evangelio y la cultura. La cuestión cultural es prevalentemente una cuestión espiritual, o sea, de la vida espiritual.

En ambiente de oración es como se realiza el discernimiento, que tiene la capacidad de leer los signos de los tiempos. Discernir lo que sucede, ser capaz de ver los significados espirituales bajo la publicidad, las formulaciones brillantes de la cultura, de los medios de comunicación, desenmascarando los centros de poder que magnifican los hechos a su conveniencia... ser capaces, sobre todo de ver el nexo entre los hechos que suceden y la historia de la salvación que continúa realizándose. Es escoger si leemos la historia e interpretamos las realidades contemporáneas a la luz de la historia de la salvación, o bien aceptamos, más o menos conscientemente, una interpretación hecha por los otros.

El discernimiento comunitario

Llegados a este punto, nos abocamos a la conclusión. En estos días tendremos debates, grupos de reflexión, trabajos de comisiones... acciones muy humanas, pero que son la mediación por la que Dios nos manifestará su voluntad si tenemos la actitud del discernimiento. Este discernimiento, en nuestro caso, queremos que sea comunitario, en grupo. Un último motivo de reflexión sobre las condiciones para realizar este discernimiento comunitario puede resultar sugerente.

El discernimiento comunitario, en el sentido propio del término, **no significa llegar a la elección sumando los discernimientos individuales**, sino que la comunidad se reconoce como un órgano vivo, que las personas que la componen crean una **comunidad de corazones** tal que el Espíritu se puede revelar y que ellas lo captan como comunión de personas, **unidad de entendimiento**. El discernimiento comunitario se apoya sobre el amor en el que vive la comunidad. **La caridad fraterna es la puerta del conocimiento**. El amor es el principio cognoscitivo. Por tanto, si realmente se vive en el amor y no sólo se piensa, se está en el estado privilegiado para el conocimiento de las realidades espirituales y para la creatividad. Las intuiciones, la capacidad creativa, inventiva, crecen provechosamente sólo desde el amor. Entonces la comunidad puede estar mucho **más segura de seguir la estela de la voluntad de Dios**, que intuye, conoce y responde, si discierne como comunidad, a causa del amor fraterno.

Así pues, el discernimiento comunitario no es un simple debate sobre un tema, una reflexión guiada, participada. El discernimiento comunitario no se mueve en las coordenadas de la evaluación democrática, con los procesos de votación habituales en los parlamentos. Son necesarias algunas premisas para que el discernimiento en

sentido verdadero se pueda realizar. Nos pueden servir para examinarnos con qué disposición deberíamos comenzar este Capítulo Inspectorial:

- Todas las personas de la comunidad deberían estar en un **estadio de vida espiritual caracterizada por una radical séquela Christi**, con una experiencia meditada de Cristo pascual. Los miembros de la comunidad deben estar, por tanto, dentro de la lógica pascual y **movidos por un auténtico amor por Cristo** que debe ser el primero en sus corazones.
- Las personas de la comunidad deberían tener también una **madurez eclesial**, una conciencia teológica de la Iglesia liberada de determinismos sociológicos y psicológicos, por una libre comprensión de la autoridad y una actitud libre ante ella. La obediencia es una realidad que se abre sólo dentro de la fe, en la medida en que se cree que la voluntad salvífica de Dios Padre es mediada, comunicada a cada persona **según un principio de encarnación**, puesto que el corazón de nuestra fe es la encarnación. Las personas deben estar, al menos en principio, dispuestas a entrar en una oración para liberarse de los puntos de vista, los argumentos y los deseos propios. Este aspecto es aplicable a nivel congregacional también.
- Se requiere la **madurez humana de saber hablar** de modo desprendido, sosegado y preciso. Se requiere **la madurez de saber escuchar** hasta el final, de no empezar a reaccionar mientras el otro está hablando todavía. **Escuchar hasta el final no sólo exteriormente sino también interiormente**. Una madurez psicológica tal que se pueda razonar y hablar sin una interacción respecto a los otros interlocutores, de modo que no se usen expresiones como “yo, en cambio”, “soy contrario”, “no estoy de acuerdo”, “pienso más bien”, “estoy de acuerdo con”, etc. Hay que evitar la dialéctica entre las personas porque fácilmente enciende la “pasionalidad” de la razón y lleva a defender el punto de vista propio y hasta a exagerarlo o a desacreditar el parecer del otro.
- **Es necesario que** todos tiendan hacia el Señor y con Él hacia el objeto del discernimiento, evitando los obstáculos relacionales entre las personas. Cuanto más se tropieza entre las personas, menos se está en la dirección justa.
- Se necesita, por último, de **personas que sepan guiar este proceso** como servicio de amor y caridad.

Conclusión: bajo la acción del Espíritu

La acción del Espíritu Santo en nosotros no es objetivable porque se da en mediaciones humanas. Son éstas lo objetivable, no la presencia actuante de la Gracia. **Las mediaciones** no son realidades intermedias entre Dios y la persona (la expresión “Dios actúa a través de” es equívoca), sino **condición humana en la que**

Dios se autocomunica inmediatamente. La mediación no interfiere, sino que posibilita.

Hasta que no lleguemos al Cielo, a la Presencia sin mediaciones, en el entretiem po, **la Gracia es real, pero bajo el velo de las mediaciones.** Hay inmediatez, pero en régimen de fe. Se parece, analógicamente, a lo que ocurre en lo humano. El beso es mediación de la inmediatez inobjetivable del encuentro interpersonal.

Inobjetivable, pero perceptible. **La percepción de la inmediatez con Dios se da en la relación con Dios mediante la fe, esperanza y amor.** No hay vida teologal sin inmediatez de relación. De lo contrario, no tendríamos el don del Espíritu Santo. Pertenece al Espíritu Santo posibilitar la relación inmediata con Dios. Sus órganos son la fe, la esperanza y el amor.

La percepción es inmediata en el acto de relación, pero como se realiza en mediaciones humanas, **ha de ser discernida.** El discernimiento se da indirectamente, a través de los frutos de transformación de la persona:

Tal es la condición de la experiencia teologal de Dios:

- Experiencia real, pero inobjetivable. Por eso es transexperimental
- Cuanto más real es, menos la podemos objetivar, pero tal es el mejor signo de lo real que es, porque Dios es lo absolutamente inobjetivable
- Sabemos lo real que es, pero no consiste en saber, en controlar, en verificar, sino en aquella relación que, en cuanto tal, se percibe en el no saber, no controlar, no verificar. Basta el abandono de fe.

Las paradojas del discernimiento cristiano nacen de la estructura misma de la autocomunicación personal y escatológica que Dios hace de sí mismo a la persona humana en este entretiem po de la Nueva Alianza. Hemos recibido realmente el Espíritu Santo, que nos posibilita la relación con Dios en Dios, pero la condición humana permanece intacta (**tiempo, corporalidad, sentidos, inteligencia y voluntad**). Milagro inaudito de la misericordia de Dios: Dios se hace a nosotros y nosotros somos elevados a vivir la vida del Resucitado permaneciendo humanos.

🎯 Formación

María, Mujer peregrina que camina guiada por el Espíritu Santo”. María ícono de la Iglesia peregrina⁴

Maria Ko Ha Fong

En los evangelios una de las características de Jesús que se percibe con claridad es su estar “en camino”. Él nace en el camino, desde pequeño debe viajar para refugiarse en un país extranjero, en los años de predicación cambia de lugar con facilidad, pasando de una ciudad a otra, de lugares desiertos a las plazas, de la casa a la sinagoga, de las calles al campo, de la ribera del mar a la montaña: cuando se acerca “la hora de pasar de este mundo al Padre” (Jn 13,1) toma “la firme decisión de ponerse en camino hacia Jerusalén” (Lc 9,51). En fin, muere descubierto, al culmine de un *via crucis*. Él mismo es “la vía” (Jn 14,6). Con un “sígueme” atrae a muchos a ponerse en camino junto a él: también después de su muerte, sus discípulos vienen reconocidos como “aquellos de la vía” (Hch 9,2). Pedro acogió bien la identidad del maestro cuando anunció con esta frase sintética: “Dios consagró con Espíritu Santo y potencia Jesús de Nazareth, el cual pasó beneficiando y sanando a todos” (Hch 10,38). La imagen que ha fascinado a los primeros convertidos al cristianismo es aquella de un Jesús que camina guiado por el Espíritu Santo y haciendo el bien por donde pasa.

Su madre se asemeja en esto. La imagen de María en camino emerge nítida en los evangelios y siempre ha sido fecunda de reflexión a lo largo de la historia de la Iglesia. María se encuentra en camino; sale, camina, cambia de lugar mucho más que las mujeres de su tiempo. Sus movimientos entre Nazareth, Ain Karim, Belén, Jerusalén, Egipto son acompañados de un dinamismo interior bien intenso. Toda su vida es un camino, una “peregrinación de la fe” (*Lumen Gentium* 58). La mariología conciliar resalta esta “peregrinación” de María, reconociendo en ella un modelo permanente para toda la Iglesia. Ella misma es vía, vía que conduce a Cristo, vía que lleva a “la Vía”. Es la *Odighitria*, aquella que indica la vía, como bien aparece figurado en la iconografía. Queremos seguir esta “peregrinación” de María ofrecida por los evangelios.

La Biblia es un libro lleno de caminos y de viajes, la historia de Dios y de la humanidad es un encuentro dinámico entre salir y llegar, ir y venir, partir y regresar,

⁴ Ponencia de las Jornadas de la Familia Salesiana 2016.

entre éxodo y adviento. El caminar de María se coloca en este movimiento, en este sistema de encuentro divino-humano, siempre abierto al imprevisto, a la sorpresa y a la novedad, pero siempre guiado por el viento del Espíritu. El evangelio sobre María, de hecho, se abre con la pequeña ciudad de Nazareth y se cierra con la ciudad de Jerusalén. Los dos lugares son como el espiral donde la tierra se abre al cielo, como el trampolín donde la casa abre la puerta a un camino. En las dos irrumpen la “potencia del Altísimo”. En la primera el Espíritu desciende silenciosamente como “sombra que cubre” (Lc 1,35), en la segunda el mismo Espíritu se hace presente a través de un “fragor de viento impetuoso” (Hch 2,1). Hay un especie de “inclusión pneumatológica” maravillosa. De un lugar al otro se desarrolla la gran aventura no solo de María, sino de toda la humanidad que camina al encuentro de un Dios sorprendente.

Sabemos que en los evangelios los fragmentos explícitos concernientes a la madre de Jesús son pocos, y sus palabras aún más escasas, apenas seis: con excepción del canto del *Magnificat* sus palabras se limitan a una frase. Sin embargo son textos de una extraordinaria densidad y colocados en puntos cardinales de la historia de la salvación. La imagen bíblica de María tiene para mí, de nacionalidad china, algo similar a una pintura en seda que tiene características típicas: pocas pinceladas, mucho espacio en blanco, colores tenues, contornos no definidos totalmente, sujetos simples y sin pretensiones, atmósfera de un sagrado silencio. Las pocas pinceladas caen armoniosamente en lugares apropiados y dan energía; gracias a ellas también el espacio blanco toma un denso significado. Toda la obra invita a trascender, a lanzarse hacia el infinito, a expiar el misterio, a hacer experiencia del más allá, a dilatarse en lo más hermoso. Los pocos fragmentos evangélicos sobre María forman, con todo el espacio blanco que los circundan, un todo armónico, dinámico, fascinante. *De Maria numquam satis*: no solo el hablar de María es insaciable, sino también la contemplación de los pocos elementos evangélicos sobre María no tienen tampoco fin. Las reflexiones que propongo aquí son fruto de una de las infinitas contemplaciones de esta bella obra de Dios, una contemplación hecha también un poco con el ojo femenino y asiático, e incluso, con un corazón salesiano. Son articulados en siete puntos.

1. Del «*quomodo fiet*» al «*fiat*»

Contemplamos a María en el momento en que recibe al imprevisto el anuncio del ángel. Al mensaje sorprendente de Gabriel la respuesta de María no se convierte en instantánea e irreflexiva. Su primera reacción es aquella del turbarse, típica de quien es consciente de encontrarse de frente a algo que lo trasciende infinitamente, a una novedad a la cual no es capaz de acoger de una vez el sentido. Se trata de una duda que viene no de la incredulidad, sino del estupor de frente a la desproporción entre la grandeza de la propuesta y la limitación efectiva de la capacidad de realizarla. Es la actitud del humilde y del reflexivo, de quien es consciente de la propia pequeñez y si acerca al misterio con timidez y discreción, atento a penetrar el sentido. Es el sentimiento del pobre que sabe maravillarse de frente a los dones gratuitos.

La segunda reacción de María es una objeción. María invoca luz: *Quomodo fiet istud?* (“¿Cómo sucederá esto?”) y manifiesta el dilema de su querer responder, pero sin saber cómo. Ella pregunta a Dios qué cosa deberá hacer para estar en grado de obedecer. El espíritu de María es como aquel del salmista cuando rezaba a Dios diciendo: “Hazme conocer la vía de tus preceptos y yo meditaré tus maravillas” (*Sal* 119,27).

Después que el ángel le aseguró que es el Espíritu quien dilata su pequeñez, la potencia y la engrandece, María acepta con plena disponibilidad, pasando así del *quomodo fiet*, “como sucederá”, al *fiat*, “se cumpla”. El *fiat* de María, como aquel enseñado por Jesús en el *Padre nuestro*- “Se haga tu voluntad en el cielo como en la tierra” (Mt 6,10)- es una abandono confiado y un deseo gozoso de realizar la voluntad de Dios. Con su *fiat* ella recapitula en sí todo el grupo de desobedientes en la fe del Antiguo Testamento e inaugura el nuevo pueblo, pronto a escuchar la voz de Dios que ahora, en la plenitud de tiempo habla por medio del Hijo.

La dinámica del camino interior de María resulta todavía más clara si se toma en consideración el hecho narrado en Lucas entre las dos anunciaciones: a Zacarías (1, 5-22) y a María (1, 26-38). Zacarías, anciano y estimado, sacerdote, hombre justo, representante ideal de la religiosidad judía, encuentra el ángel en Jerusalén, en el templo, durante el culto. Hombre santo, lugar santo, tiempo santo: todo resalta la sacralidad y la solemnidad del evento. María, en cambio, una desconocida muchacha de Nazareth, ciudad despreciada, de donde no podría venir nada bueno (cf. Jn 1,46), encuentra el ángel en la simple cotidianidad doméstica. Pero Dios cambia las posiciones. El ángel entra “donde ella”: es María, en realidad, el templo del Altísimo. Ella “ha encontrado gracia delante de Dios”, el don divino llega a ella gratuitamente, no a causa de su observancia de la ley o en respuesta a su oración, como en el caso de Zacarías. También la conclusión de estos fragmentos es diversa: Zacarías se encierra en su mutismo, se aísla, porque no acoge con todo el corazón el diseño de Dios y no se deja transformar con pasión, por eso no puede ni hablar. María, en cambio, cree; se abre a colaborar con Dio en la salvación del mundo. En la tradición iconográfica María es representada como la *platytera* (del griego *más amplia*), la pequeñez que hospeda el infinito. Aquel que los cielos no pueden contener toma forma en su seno. Es el Espíritu que la hace “amplia”, la fecunda, la llena de gracia, la recarga de dinamismo y pasión. Esto se ve en el hecho de que al episodio de la anunciación sigue aquel de la visitación. Por eso la expresión: “el ángel la dejó”, y sigue inmediatamente: María «se puso en viaje de prisa» (*Lc* 1,38-39).

2. «Caminar de prisa» y «conservar todo en el corazón»

La prisa del camino hacia Ain Karim como también la disponibilidad en la boda a Caná, muestran el estilo activo, creativo de María. Su ir rápidamente es imagen de la Iglesia misionera que de una vez después de Pentecostés, revestida del Espíritu Santo se pone en camino para difundir la buena nueva hasta los últimos confines de

la tierra. Pablo conoce bien esta experiencia: “Es el amor de Cristo que lo empuja” (2 Cor 5,14).

María no mira las distancias, los posibles peligros, no calcula el tiempo, no mide la fatiga. El ardor en el corazón le pone alas a sus pies. Ella se siente motivada por aquel Dios que lleva dentro. Su caminar no es solo un movimiento externo: es una ir en el Señor, partir desde él, un viajar llevándolo dentro de sí. Es la fuerza interior que mueve, dirige, circunda y da sentido a la acción exterior: es el silencio que madura la palabra. Ella une la contemplación en el encuentro con el misterio a la concreta acción de la experiencia del servicio, funde en armonía el más grande viaje frente a Dios, y el más grande realismo frente al mundo y a la historia.

A la solicitud y al trabajo externo corresponde una actividad viva internamente. María “conserva todas las cosas en el corazón” (Lc 2, 19.51). Lucas ha querido resaltar la actitud reflexiva y sabia de María frente al misterio repitiendo esta frase dos veces. Es una expresión que abre profundas espirales en la vida interior de María. Ella, Virgen sabia, Virgen de la escucha, es una mujer del corazón grande, capaz de conservar las “grandes cosas” operadas por parte de Dios en ella en la historia, capaz de hacer memoria de las maravillas de Dios, capaz de relacionar dentro de sí el pasado con el presente, transformando todo en semilla de futuro. Ella no entiende de una vez todo, sin embargo hospeda todo en su corazón, se abre al misterio dejándose envolver y respetando los ritmos de la revelación histórica de Dios.

Jesús enseñará esta actitud reflexiva de María a sus discípulos: “Pero yo les digo estas cosas para cuando sucedan, recuerden que se las he dicho” (Jn 16,14). “La semilla que cae en tierra buena son aquellos que después de haber escuchado la palabra con corazón bueno y perfecto, la cuidan y producen frutos con su perseverancia” (Lc 8, 15).

Los discípulos de Jesús deben aprender de María, Maestra sabia, el secreto de la unificación vital entre interioridad y actividad, entre ser y hacer, entre creer y operar, entre oración y trabajo, entre memoria y creatividad, entre concentración y difusión de la palabra de Dios, entre “conservar todo en el corazón” y “caminar de prisa”, entre acoger el dono de Dios y el hacerse dono de Dios para los demás.

3. «Ver un signo» y «ser signo»

María parte de Nazareth y se pone en camino detrás de un “signo” recibido del ángel: “Mira Isabel, tu pariente, que en su vejez ha concebido un hijo” (Lc 1, 36). En la modesta casa del sacerdote Zacarías, la anciana Isabel espera el hijo, don de una gracia sorprendente. Este hecho debe ser para María una prueba de la potencia de Dios para quien “nada es imposible” (Lc 1, 37)

Cuando Sara, mujer de Abraham, reía incrédula en su interior ante la imposibilidad de dar a luz un hijo en su vejez, el Señor le hace esta pregunta: “¿Hay algo imposible para el Señor?” (Gn 18, 14). Isaías invita al pueblo cansado por el sufrimiento a

confiar que en Dios todo se puede: “No es tan corta la mano del Señor para no salvar, ni duro es su oído para no escuchar” (Is 59, 1).

María camina hacia la montaña animada por la confianza en Dios. Como se dirá después en el canto gozoso del *Magnificat*, el Señor es para ella “Salvador”, “Omnipotente”, un Dios que “se recuerda de su misericordia” y dándola “de generación en generación sobre aquellos que lo temen” (Lc 1, 47. 49-50).

La confianza de María esta reforzada por el “signo” que Dios le ha ofrecido, pero en realidad, ella misma es un signo de Dios dado a la humanidad, “un signo de esperanza y de consolación” (*Lumen Gentium* 68). María, de hecho, señala la aurora que precede el surgir del sol, señala el inicio de la salvación en la historia, señala “la plenitud del tiempo” (Gal 4,4). Mientras Isaac, el hijo de Sara, y Juan, el hijo de Isabel, llevan el mensaje que Dios lo puede todo, el hijo de María es el Dios que lo puede todo, el Dios omnipotente que se hace hombre débil y escondido.

En el camino de fe de María, hay una circularidad entre el descubrir el signo de Dios en los otros y el ser signo de Dios para los otros. Se trata de la maravillosa solidaridad entre los creyentes. El encuentro de María con Isabel revela el esplendor de su belleza.

María e Isabel: dos mujeres en camino hacia el futuro del fruto de su seno, dos mujeres que cuidan dentro de sí un misterio inefable, un milagro estupendo. La consciencia de ser objeto de una particular predilección de parte de Dios las une, la misión común de colaborar con Dios para un proyecto grandioso las entusiasma y las hace proclamar en bendición y en canto de acción de gracias, la experiencia de la maternidad prodigiosa las hace solidarias. El prodigio de Dios en Isabel es para María un “signo” que la ayuda a pronunciar su *fiat*; el prodigio de Dios en María es “signo” para Isabel, un signo que suscita en ella un confesión de fe. Así las dos mujeres son, una para la otra, lugar donde descubren a Dios, epifanía de su grandeza y motivo por el cual alabarlo y agradecerle. Reconociéndose recíprocamente “signos” de Dios, su comunicación, densa de intuición y de intensidad profunda, permeada por el respeto al misterio, se hace bendición, se hace canto y poesía. El paralelo recíproco hace surgir la profecía común, animada por la fuerza del Espíritu. Juntas, las dos, llegan a ser signo de la solidaridad de Dios con toda la humanidad.

4. Del *fiat* al *magnificat*

Mientras María recorre de prisa las vías tortuosas de la montaña, dentro de ella surge un itinerario interior de fe que va más allá de la adhesión dócil del *fiat* a la explosión gozosa del *Magnificat*, del ser visitada por Dios al ser visita de Dios para los demás.

Subiendo la montaña María siente de no estar sola. El Hijo de Dios está presente, escondido en ella. El saludo del ángel en Nazareth “el Señor está contigo”, que María había fatigado a comprender, ahora se hace experiencia real y convicción profunda. María, Madre del *Dios-con-nosotros* es ahora el arca de la nueva alianza, nueva

transparencia de la presencia divina entre los hombres, nuevo motivo de gozo para todos.

Con su caminar por las vías incómodas para llegar a casa del otro, María inaugura el estilo de Dios, el estilo del “salir”, el estilo del servicio, de la *kénosis*, de la solidaridad hacia quien tiene necesidad. En ella el Dios encarnado se hace el Dios que entra en la trama humana y llena la esfera del cotidiano. La salvación adquiere tonalidad doméstica: “Hoy debo entrar en tu casa”, “Hoy la salvación ha entrado en esta casa” (Lc 19, 5.9): aquello que Jesús dirá más tarde en el encuentro con Zaqueo es de algún modo realidad anticipada por medio de María.

María lleva gozo y esperanza. Desde Galilea a Judea ella recorre el mismo tramo de camino que más tarde hará Jesús. Caminando de prisa por los montes, ella evoca el célebre texto profético: “¡Cómo son hermosos sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la buena noticia..!” (Is 52, 7). La buena noticia llevada por María emana gozo contagioso, hace exaltar un niño en el seno materno, hace feliz a dos ancianos: “Los jóvenes y los viejos gozarán. Yo cambiaré su tristeza en gozo, los consolaré y los haré felices” (Jer 31, 13). Los niños que nacen y los ancianos que llegan a una plenitud de vida se encuentran y se unen alabando a Dios “amante de la vida” (Sap 113, 9).

A lo largo de toda la vida de María se continúa a multiplicar y a difundir por todo el gozo puro del cual ella es inundada, aquel gozo que viene del saludo del ángel: “¡Alégrate María!” y ha hecho más íntimo y profundo su *fiat*. Al nacimiento de Jesús este gozo se expande a los pastores de Belén a través del anuncio del ángel: “Les anuncio una grande alegría, que será para todo el pueblo” (Lc 2, 10). Llevando Jesús en el templo María aún hace alegrarse al anciano Simón y a la profetisa Ana. En Caná, el gozo no falta en el banquete de la boda gracias a la intercesión de María ante su Hijo. A María, portadora de la Buena Nueva y madre del Dios del gozo, se podría aplicar la palabra del salmista: “Tu pasaje deja abundancia... todo canta y grita de gozo” (Sal 65, 12-14). Del *fiat* al *magnificat* se convierte en itinerario ejemplar de cada cristiano que cumple su peregrinación de la fe pasando de la adhesión inicial al proyecto de Dios al pleno gozo de la belleza de este proyecto, a través de una gradual “subida”: el servicio, la gradualidad del cotidiano, el ir con solicitud hacia quien tiene necesidad, el encuentro de amistad, el esfuerzo misionero en el llevar a Jesús a casa de los demás, el anunciar la buena nueva con gozo suscitando el gozo de salvación en la juventud que se abre a la vida.

5. «Envolverlo en pañales» y «buscarlo con ansia»

En el fragmento del nacimiento de Jesús Lucas reporta el gesto delicado de María: “Dio a luz su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo puso en el pesebre” (Lc 2, 7). Es un gesto simple que denota todo el afecto materno y respetuoso de María hacia este pequeño niño que es el hijo de Dios e hijo suyo. El ángel que anuncia la buena nueva del nacimiento del niño a los pastores les dará esto como signo: “encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,13). Veinte siglos han

pasado y todavía hoy en nuestras escenas natalicias el niño se presenta con este signo del amor de la madre.

En Belén María, junto a José se encuentra rodeada en este misterio, escondido desde siglos en la mente de Dios y ahora haciéndose realidad delante de sus ojos: “El Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros” (Jn 1, 14). María y José son los primeros testimonios de este nacimiento, esto ocurre en condiciones humildes y pobres, primer paso de aquella “kenosis” (cf Fil 2, 5-8) que el Hijo de Dios libremente escoge para la salvación de toda la humanidad. Y este niño es confiado al cuidado y a la educación de ellos. El verdadero amor de la madre, expresado en el momento del nacimiento, acompañará al hijo en cada fase de la vida.

El largo período de la vida escondida en Nazareth durante el cual Jesús se prepara a su misión mesiánica, es resumido en Lucas con pocas palabras. Él narra un solo episodio de la vida de Jesús adolescente: aquel de la Pascua en Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años. La narración es enmarcada por dos versículos que resaltan la idea del crecimiento de Jesús: “El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él” (Lc 2, 40). “Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc 2, 52). El viaje de Jesús a la ciudad santa a los doce años señala una etapa del crecimiento de Jesús: es la anticipación de otro viaje a Jerusalén, que culminará en su Pascua.

El episodio señala también el crecimiento de la madre. Encontrado Jesús en el templo después de tres días, María le pregunta: “Hijo, ¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, preocupados, te buscábamos?” (Lc 2, 48). En el “por qué” de María está el resumen de tantos por qué de la humanidad de frente al Dios misterioso: su ansia indica la angustia de tantas personas que buscan con fatiga a Dios. A la pregunta de la madre, Jesús da por respuesta otras dos preguntas: “¿Por qué me buscaban? ¿No saben que debo ocupare de las cosas de mi Padre?” (Lc 2, 49). Él tiene un “deber” en el diseño del Padre: con su crecimiento en edad y en sabiduría él crece sobre todo en la consciencia de su misión. También María debe crecer en la acogida de la identidad de Jesús -este hijo que ella ha envuelto en pañales en su nacimiento no es solo su hijo- y crece siendo consciente de ser también ella depósito del misterio de Dios; lo sabía desde el momento del anuncio del ángel, pero ahora aparece más vivo y real, al mismo tiempo, más duro y más incomprensible. Junto a su Hijo también María tiene un “deber” en relación a las cosas del Padre. Madre e Hijo crecen juntos en el recíproco sostén para realizar el diseño del Padre.

6. Del *fiat* al *facite*

María llega a ser Madre de Dios porque ha “creído en que se cumplirían las palabras del Señor” (Lc 1, 45): es la interpretación del *fiat* de María hecho por Isabel bajo la inspiración del Espíritu Santo. A ella hace eco Agustín cuando dice: “María, llena de fe, concibió a Cristo antes en el corazón que en su seno”. A la plenitud de gracia de parte de Dios corresponde la plenitud de fe de parte de María.

Abandonada en Dios completamente, empeñada en ir avanzando constantemente en la “peregrinación de la fe”, María se ha sintonizado lenta y profundamente con Dios. Por su viva fe ella llega a una fuerte armonía con él, a un acostumbrarse del todo a la esfera divina, llega a tener una profunda intuición del pensamiento de Dios, a saber discernir espontáneamente su voluntad, a sentir palpitar dentro de sí el corazón de Dios. La carta a los Hebreos, elogiando la fe de los antepasados de Israel, dice de Moisés que vivió “como si viera el invisible” (Heb 11, 27). Así mismo, Pablo tuvo un grado de unión con Cristo de poder decir “No soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20), afirma sin retórica y sin vanagloria: “Nosotros tenemos el pensamiento de Cristo” (1 Cor 2, 16). Todo esto puede ser dicho de María. En Caná de Galilea la encontramos así, simple, discreta, confiada junto a su Hijo, segura de ser escuchada porque íntimamente sintonizaba con él.

En Caná María reviste un rol profético. Es “portavoz de la voluntad de Dios, indica aquellas exigencias que deben ser satisfechas hasta que la potencia salvífica del Mesías pueda manifestarse” (*Redemptoris Mater* 12). Las dos palabras pronunciadas por María en Caná: “No tienen vino” (Jn 2, 3) y “Hagan lo que él les diga” (Jn 2, 5) ponen en evidencia esta dimensión. María lee en profundidad la historia humana, individualiza los problemas todavía escondidos, recoge los gemidos que aún no se han verbalizado, acoge el sufrimiento todavía sin nombre. Ella descubre el nudo esencial del caos y lo presenta a su Hijo, el único que lo puede desenredar (Es la imagen que al Papa Francisco le gusta tanto: María que desata los nudos, puede encontrar un fundamento bíblico aquí). Es quien prepara a los siervos a la acogida de la ayuda divina con una indicación segura.

“Hagan lo que él les diga” es una de las pocas expresiones pronunciadas por María en el Evangelio, la única dirigida a los hombres, que por eso, con razón, viene considerada “el mandamiento de la Virgen”. Es también su última palabra registrada en el Evangelio, casi un “testamento espiritual”. Después de esto María no hablará más, ha dicho lo esencial abriendo los corazones a Jesús, él solo tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6, 68). En esta expresión de María se perciben los ecos de la fórmula de la alianza sinaítica. A conclusión de la alianza el pueblo promete: “Aquello que el Señor ha dicho, nosotros lo haremos” (Ex 19,8; 24, 3.7; Dt 5,27). María no solo personifica Israel obediente a la alianza, sino que también ella induce a la obediencia, ahora no ya a la alianza, sino a Jesús, de quien toma inicio una nueva alianza y un nuevo pueblo. Esto emerge con mayor evidencia si se lee esta palabra de María en paralelo con las últimas palabras de Jesús resucitado en el Evangelio de Mateo: “Hagan discípulos a todos los pueblos... enseñándoles a observar todo aquello que les he mandado” (Mt 28, 19).

María conduce a seguir a Jesús, a obedecer su palabra y a considerarlo como referencia absoluta. María ayuda a formar la comunidad nueva de Jesús, mejor dicho, ayuda a Jesús a tener amigos en el sentido que Él mismo ha dicho: “Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando” (Jn 15,14).

El “Hagan lo que él les diga” pronunciado por María no es una invitación teórica, abstracta, sino es una exhortación madurada por la experiencia personal. La palabra llega al corazón y a la vida del interlocutor solo si viene del corazón y de la vida de quien habla. María, experta en la confianza en la palabra de Dios, ahora puede ayudar a otros a hacer lo mismo. Su fe es contagiosa: el *fiat* vivido por ella en profundidad se convierte en un *facite* convincente dirigido a los demás.

Del *fiat* al *facite*: solo una profunda armonía con Dios y una sabia comprensión de la realidad del mundo pueden dar eficiencia a nuestras palabras y acciones. El *facite* con el cual ayudamos a los demás, en particular a los jóvenes, debe salir siempre del nuestro *fiat* personal de encuentro con Dios.

7. Del «Concebirás un hijo» a «He ahí a tu hijo»

María, la *Theotókos*, la Madre de Dios, es la epifanía de uno de los misterios, de las paradojas más altas del cristianismo, de las sorpresas del amor más desconcertantes de Dios hechas a la humanidad. La experiencia única y prodigiosa de generar en la carne el Autor de la vida ha llenado de estupor a la misma María. Su *Magnificat* es, de hecho, toda una exclamación de maravilla y de gozo: “Grandes cosas ha hecho en mí el Omnipotente”. Isabel, se relaciona con ese mismo estupor, y la llama “madre de mi Señor”. La Iglesia reconoce en este misterio el primero y fundamental dogma de María y por los siglos lo contempla en la liturgia. Un antiguo responsorio de Navidad exclama así: “Aquello que los cielos no pueden contener, ha venido en tus entrañas, hecho hombre”. Ni el razonamiento conceptual, ni los himnos y ni las poesías, ni los sonidos y ni la música, ni los colores y ni el arte pueden agotar la grandeza de este misterio.

El ser madre para María no es una identidad estática que se adquiere una vez y para siempre. En su “peregrinación de la fe” ella ha hecho un camino de crecimiento y de maduración en su maternidad viviendo toda la gama de sentimientos maternos. Está la espera silenciosa en contemplar la lenta revelación del secreto dentro de sí, el gozo íntimo en su nacimiento y el dulce amor hacia el hijo nacido, la satisfacción y la valentía al presentarlo a los pastores y a los magos. Está el dolor de la fuga y del exilio para proteger y salvar la vida de aquel que es la Vida del mundo. Está la dulzura de la intimidad en los años de Nazareth. Está la experiencia difícil y desconcertante de la pérdida de Jesús en el templo. También en el curso de la vida pública de Jesús la unión de la madre con el hijo continúa desarrollándose y profundizándose. Con sobriedad y discreción María está presente “no como una madre celosa en su propio Hijo divino, sino como una mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo y en la cual su función materna se dilató, asumiendo en el Calvario dimensiones universales” (*Marialis cultus* 37).

Como la “peregrinación de la fe” culmina para María en el evento pascual del Hijo, así también su camino de maternidad. Juan Pablo II habla de una “nueva maternidad de María” que es “fruto del nuevo amor” que maduró en ella definitivamente a los pies de la cruz, mediante su participación al amor redentor del Hijo” (*Redemptoris*

Mater 23). Ya Agustín hablaba en modo análogo reflexionando sobre María: Madre no solo de la Cabeza, sino también de los miembros del cuerpo místico de Jesús generados desde su muerte redentora. Levantado en la cruz, el Hijo de María se revela “el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29); en torno a él se reunirán en unidad todos “los hijos dispersos de Dios” (Jn 11, 52), y María se descubre madre de una multitud de hijos. Es Jesús quien se los confía. En Nazareth María había iniciado su camino de maternidad aceptando el proyecto misterioso de Dios: “Concebirás un Hijo”; ahora es este Hijo quien le propone una nueva maternidad universal. En Caná, María se había puesto en medio haciendo la mediadora entre su Hijo y los hombres, ahora es su Hijo quien hace de mediador entre ella y los hombres diciéndole: “¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!”. El fragmento de Juan termina: “Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 27). Desde aquel momento, entra la humanidad redenta que acoge a la Madre, María acoge cada hijo confiado personalmente por su Hijo y lo introduce en su corazón materno para siempre.

Después de la ascensión de Jesús Ella ejercita su maternidad realizando la voluntad de su Hijo. Lucas nos ofrece un bellissimo fragmento al inicio de los Hechos: después de la ascensión de Jesús los once apóstoles regresaron a Jerusalén en espera del Espíritu Santo prometido y “eran asiduos y concordados en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús y con los hermanos de él” (Hch 1, 14). Lucas entiende poner en luz la continuidad entre el Jesús histórico, nacido por obra del Espíritu Santo con la colaboración de María, y el nacimiento de la Iglesia por obra del mismo Espíritu y con la misma colaboración de María. Aquella, que ha concebido el Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, ahora “concibe” el cuerpo místico de su Hijo en la acogida del Espíritu. La Madre, que ha acompañado a Jesús en su camino terreno, ahora acompaña a la Iglesia en su peregrinaje en el mundo y en la historia.

Conclusión

Asociar la “peregrinación” de María a nuestra experiencia salesiana es una cosa espontánea. En la preparación de esta propuesta de reflexión emergían continuamente en mi mente evocaciones de la vida de Don Bosco, de Madre Mazzarello y de tantos hermanos y hermanas de la Familia Salesiana. La sintonía entre el espíritu de María y el espíritu salesiano es fuerte y no puede ser diversamente, dado que María es la Madre e la Maestra de la Familia Salesiana. No tento aquí de ilustrar una comparación por temor de renovar la belleza armónica, y espero que las palabras dichas no invadan demasiado aquel espacio blanco, espacio lleno de potencialidad, de estupor, de descubrimientos, de impulso y de renovada pasión.

Comunicación

Organización de la Comunicación Social en las Inspectorías desde el SSCS⁵

Filiberto González (Consejero general Comunicación Social)

En una de mis visitas de animación a una casa de formación de Sudamérica, vi en la puerta de la oficina de un joven sacerdote salesiano un póster grande de color rojo con una leyenda en letras de color blanco que decían: “el mundo cambió... nosotros también”. El póster, por su sencillez y contenido, me impactó y, habiendo vivido el hecho en el contexto de la formación a la comunicación, me motivó a hacer una fotografía que aun conservo. Después de hacer la fotografía pregunté al propietario: “por qué has elegido ese póster y por qué lo has pegado en el centro de tu puerta?”. El joven salesiano me respondió: “por eso que dice, precisamente por eso”. Luego me explicó que se trataba de una campaña publicitaria del periódico más importante del país que recién había ingresado al formato digital 2.0. Entre otras cosas también me decía que los salesianos teníamos que cambiar y seguir con más decisión el ritmo de la juventud: caminar con ellos, dejarnos renovar por ellos, buscar juntos a Dios, dialogar con los mismos lenguajes, vivir en sus mismos espacios, aprender nuevos modos de relación y utilizar sus mismas tecnologías. El joven salesiano, apenas ordenado sacerdote, no llegaba a treinta años. Le di la razón.

Ese hecho inspiró la introducción a la nueva edición del SSCS: “Todo cambia, sólo Dios permanece siempre. En la actualidad, en la nueva era de la comunicación, eso es más evidente que nunca. No sólo han evolucionado las nuevas tecnologías, sino que han influido notablemente la cultura: el modo de relacionarse con Dios, con los demás y con la naturaleza, el modo de jerarquizar los valores, de producir, distribuir y adquirir bienes, el modo de planificar la vida y de darle sentido”⁶.

Un año después de que fuera editado, distribuido y estudiado el SSCS, un posnovicio de un país africano, luego de haber participado a un curso de comunicación ofrecido por un miembro de nuestro Dicasterio, concluía en su síntesis: “es innegable la invitación, sólo Dios Es El Absoluto, Él no cambia en su amor hacia nosotros. Igual

⁵ DIREZIONE GENERALE OPERE DON BOSCO, DICASTERIO PARA LA COMUNICACIÓN SOCIAL, *Sistema Salesiano de Comunicación Social, Directrices para la Congregación Salesiana*, Segunda Edición, Editorial SDB, Roma, 2011.

⁶ Ibid. p, 9.

de cierto es que, si todo cambia, también nosotros debemos cambiar para ser los comunicadores de su amor hacia los jóvenes de cada época”.

Lo anterior, y otras cosas, me permiten afirmar que en la Congregación y en cada uno de los hermanos, se necesita un cambio de mentalidad respecto a la comunicación personal, pastoral e institucional. No se trata sólo de un cambio estratégico, se trata de un cambio estructural que nos permita seguir siendo fieles a la vocación a la que Dios nos ha llamado y a la misión que nos ha confiado. El Capítulo General 26 (CG26), haciendo un breve análisis de la situación de las nuevas fronteras, afirma: “Han crecido la sensibilidad y el compromiso de la Congregación en el frente de la comunicación social. Son señales de ello, por ejemplo, la institución de la Facultad de Ciencias de la comunicación social en la UPS, la activación de diversos proyectos para la educación en el uso crítico de los *media*, la creciente presencia de sitios institucionales en internet, la mayor familiaridad con la red informática tanto para los intercambios personales como para la formación a distancia, el nuevo planteamiento del Dicasterio para la comunicación social. Sin embargo, tenemos conciencia de que son múltiples los mundos virtuales habitados por los jóvenes y que no siempre somos capaces de compartirlos y de animarlos por falta de formación, de tiempo y de sensibilidad.”⁷ Por tales motivos hace un llamado a cambiar de actitud: “para afrontar las exigencias de la llamada y los desafíos provenientes de la situación y para realizar las líneas de acción consiguientes, es necesario cambiar mentalidades y modificar estructuras, pasando: de una actitud tímida y de una presencia esporádica en los *media*, a un uso responsable y a una animación educativa y evangelizadora más incisiva”.⁸

Cuando hablamos de cambio de mentalidad, nos estamos refiriendo a la transformación, sin perder la unidad, del modo de pensar, de sentir y de actuar. Se trata de un proceso dinámico, coherente y fiel, en referencia al carisma que Dios nos ha confiado en la Iglesia. Dado que la vocación y la misión no son sólo individuales, sino también comunitarias e institucionales, el cambio de mentalidad es una exigencia continua para todos desde la misma formación inicial que se madura en la formación permanente. Por tanto, para ser fieles, no hemos de repetir devotamente lo mismo de siempre, ni de desbordarnos acríticamente en las novedades del momento, es necesario caminar con Don Bosco y con los jóvenes sabiendo hacer una lectura evangélica de los tiempos. Después del Capítulo General Especial se repetía mucho una frase: “con Don Bosco y con los tiempos, y no con Don Bosco y con los jóvenes de sus tiempos”.

Los principios, los criterios, las ideas, requieren de una organización, de una estructura que les haga aterrizar, sin ello el urgente cambio de mentalidad no llegará a ser realidad. Es por eso que en la Congregación se promueve el estudio y la aplicación del SSCS desde una plataforma de criterios compartidos, que luego se

⁷ CAPITULO GENERAL XXIV, SALESIANOS DE DON BOSCO, *Daha nihi animas, cetera tolle*, CCS, Madrid, 2008, n. 102.

⁸ CAPITULO GENERAL XXIV, SALESIANOS DE DON BOSCO., n. 104.

plantan en la realidad con cuatro áreas de acción convergentes e igualmente importantes: animación/formación, información, producción/empresas, bienes artísticos/culturales. Una imagen simple, la de una mesa, puede ayudar e entenderlo y a aplicarlo con creatividad y profesionalidad en cada Inspectoría: la plataforma superior unifica las cuatro áreas de acción, sin ella estarían separadas y desorientadas. Por su parte las cuatro áreas de pensamiento y acción sostienen de modo equilibrado y armonioso la plataforma para que pueda tocar la realidad.

1. Plataforma y criterios básicos de la CS en la Inspectoría

La experiencia vivida durante cinco años en la Congregación como Consejero para la Comunicación me ha motivado a presentar, antes de la organización, algunos criterios fundamentales que con frecuencia se olvidan a causa de una actividad apostólica acelerada que luego se puede desvincular de sus raíces más profundas. Para nosotros, el campo de la comunicación social, sin una honda experiencia espiritual y una probada solidez vocacional, se puede convertir en el campo de cultivo del individualismo, de la apariencia, del relativismo y de la superficialidad. De allí que veo urgente que todo salesiano, en cuanto evangelizador – educador – comunicador, se sienta, se sepa y se manifieste siempre y en todas partes, como un hombre de Dios, un discípulo de Jesucristo, como lo quería y lo hacía siempre Don Bosco.

Siguiendo el SSCS, el *punto de partida de la comunicación es la persona*, una persona con capacidad de abriese progresivamente al diálogo, capaz de superar un nivel de pura información y uso de medios. Para nosotros el centro no está en los medios, si bien reconocemos que son necesarios⁹. Estamos convencidos de que las personas superamos a las máquinas en muchas cosas que nos identifican como personas, particularmente en la capacidad de establecer relaciones que expresan a un tiempo ideas, emociones, convicciones, decisiones, acciones, símbolos. Todo esto se manifiesta y es percibido, no sólo en el lenguaje verbal, sino también en otros tipos de lenguaje como el corporal, el espacial, el selectivo y el motriz. A la base de nuestra calidad humana está la calidad de nuestra comunicación personal con Dios y con los demás, indispensable para la vida consagrada, para nuestra vida fraterna en comunidad, para nuestro apostolado. Es así que podemos ser profetas de Dios y de fraternidad en un mundo muchas veces cerrado en si mismo, fragmentado, individualista y egoísta.

Cuando hablamos de la centralidad de la persona en la comunicación salesiana, fijamos nuestra mirada en *Jesucristo, el comunicador de Dios y del hombre*, el comunicador perfecto¹⁰. Nuestra vocación a la vida, a ser hijos en el Hijo, a vivir

⁹ DIREZIONE GENERALE OPERE DON BOSCO, DICASTERIO PARA LA COMUNICACIÓN SOCIAL, *Sistema Salesiano de Comunicación Social, Directrices para la Congregación Salesiana*, Segunda Edición, Editorial SDB, Roma, 2011, p. 12.

¹⁰ DIREZIONE GENERALE OPERE DON BOSCO, DICASTERIO PARA LA COMUNICACIÓN SOCIAL., p. 13.

radicalmente el evangelio, nos convierte en sus discípulos, imitadores y comunicadores. El es el principio, el centro, el fin de nuestra comunicación. Por eso para el comunicador salesiano es indispensable la eucaristía, punto nodal de su espiritualidad, donde hace experiencia de un espacio y contenido vital y de sentido. En la eucaristía recibe el alimento y recobra las fuerzas, realiza la proclamación de la palabra y se ejercita en su escucha, hace silencio y dialoga, refuerza la fraternidad y ve renovado su envío de testigo, comunicador de Jesús y de su evangelio. El salesiano es testigo y comunicador de aquel a quien ha visto y oído, de aquel a quien ha tocado y sentido renovadamente en la eucaristía, compartida con los hijos del Padre, sus hermanos: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, os lo anunciamos, de ello nosotros somos testigos”¹¹.

Al entrar en el campo específico de *la comunicación salesiana*, confirmamos que *nace de la misión, de la Pasión por Dios y la pasión por la salvación de los jóvenes*, del “*da mihi animas, cetera tolle*”. Así lo vivió y lo descubrió Don Bosco desde la casa materna cuando explicaba el catecismo, cuando repetía los sermones. Más tarde cuando organizaba el teatro, promovía la música, narraba sueños, escribía cartas y libros, todo en lenguaje popular, simple y en coherencia con su vida sacerdotal. Los salesianos, igual que Don Bosco, queremos que Dios y su enviado Jesucristo sean conocidos y amados por los jóvenes; igualmente que los jóvenes se den cuenta que son amados por Dios en Cristo, que son importantes en la Iglesia y para la Iglesia¹². Es así que afirmamos: la Comunicación Social no es algo externo a la misión salesiana, sino que surge de ella misma junto con los demás sectores, todos necesarios y todos complementarios. Atendiendo a la “Carta sobre los Buenos libros”¹³ y al espíritu del artículo 43 de las Constituciones, es más exacto decir que la misión que Dios le confiaba a Don Bosco ya portaba en sí misma la dimensión o el sector de la comunicación. No es algo extraño, venido de fuera o elegido oportunamente como estrategia, le pertenece y no se le puede excluir. De ahí que el salesiano, como Don Bosco, sea un evangelizador, educador, comunicador por naturaleza¹⁴. El hecho viene reafirmado en esta nueva era de la comunicación donde el continente digital es el más habitado por adolescentes y jóvenes, por nuestros destinatarios. En el continente más salesiano hacemos falta para caminar junto con los jóvenes, estando nosotros donde ellos están. Allí hacemos falta para comunicarles el amor de Dios: si no lo hacemos nosotros, quién lo hará? Seguramente Dios proveyerá quién lo haga, pero nuestra identidad y vocación salesiana pueden quedar en entredicho.

¹¹ 1 Jn. 1, 1-3.

¹² Cfr., Jn. 17, 3; Const. 34.

¹³ DON BOSCO, *Lettera Circolare sulla Diffusione dei Buoni Libri*, 19 Marzo 1885, Epistolario, vol. 4, pp. 318-321.

¹⁴ Cfr., Const. 43.

En los últimos años ha sido necesario hacer notar y hablar de la *coordinación y unidad de los sectores* o dimensiones de la pastoral salesiana. La relevancia de este criterio va más allá de la práctica y ha quedado de manifiesto en el documento del CG 26:

“considerada la complejidad de la Misión Salesiana; vista la necesidad de mayor coordinación entre los Dicasterios para la Pastoral Juvenil, la Comunicación Social y las Misiones, en particular en la animación de los sectores de actividad compartida; pide que el Rector Mayor con su Consejo promueva equipos de animación interdicasterial para estos sectores y confíe la coordinación a un Consejero u otro, salvaguardando siempre la unicidad de la pastoral salesiana”¹⁵.

La unidad y coordinación de los sectores o dimensiones, es una exigencia carismática que, lejos de empobrecerles, enriquece y acrecienta su identidad, pues se parte del mismo carisma como fuente y se camina en la misma dirección como fin. Esto pide también una nueva mentalidad, una nueva manera de vivir, de organizarse y de formarse en comunión con otros salesianos y laicos de diversas edades y proveniencias culturales. Como se ve, no se trata de mezclar indistintamente los sectores o dimensiones para que surja uno nuevo y único, sino de unirlos armónicamente en su diversidad respetando contenidos, metodologías y aportes específicos, para que expresen la unidad de la única misión salesiana en cada época.

Otro criterio indispensable en esta plataforma es el de las actitudes personales del salesiano comunicador. Conocemos las afirmaciones: “nosotros comunicamos lo que somos”, y “no podemos no comunicar”. Estos principios de la comunicación son un fuerte llamado a la *autenticidad de vida del salesiano comunicador*, a la transparencia de intenciones, a la claridad de identidad vocacional, en todo campo y en todo momento. El Papa Benedicto XVI, en el mensaje para la XLV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, bajo el título: “Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital”, del 5 de junio 2011, afirma:

“También en la era digital, cada uno siente la necesidad de ser una persona auténtica y reflexiva. Además, las redes sociales muestran que uno está siempre implicado en aquello que comunica. Cuando se intercambian informaciones, las personas se comparten a sí mismas, su visión del mundo, sus esperanzas, sus ideales. Por eso, puede decirse que existe un estilo cristiano de presencia también en el mundo digital, caracterizado por una comunicación franca y abierta, responsable y respetuosa del otro. Comunicar el Evangelio a través de los nuevos medios significa no sólo poner contenidos abiertamente religiosos en las plataformas de los diversos medios, sino también dar testimonio coherente en el propio perfil digital y en el modo de comunicar preferencias, opciones y juicios que sean profundamente concordes con el Evangelio, incluso cuando no se hable explícitamente de él. Asimismo, tampoco se puede anunciar un mensaje en el mundo digital sin el testimonio coherente de quien lo anuncia. En los nuevos contextos y con las nuevas formas de expresión, el cristiano

¹⁵ CAPITULO GENERAL XXIV, *Salesianos y Seglares, Compartir el Espiritu y la Misión.*, n. 108.

está llamado de nuevo a responder a quien le pida razón de su esperanza (cf. 1 P 3,15).”

Otro criterio nace del Capítulo General 24: “*Salesianos y Seglares, Compartir el Espíritu y la Misión*”. Se trata de una enriquecedora realidad en el sector de la Comunicación. La presencia y aporte de los seglares es más que técnico, ha sido siempre una presencia y un aporte de carácter eclesiológico y carismático, continuando de ese modo la dinámica nacida en Valdocco a favor de la evangelización y educación de los jóvenes más necesitados. Consagrados y laicos tenemos mucho qué ofrecernos y tanto qué aprender unos de otros, pero siempre a favor de la evangelización y educación de los jóvenes que viven dentro de una nueva realidad y que por ello necesitan de nuevos testigos y de nuevos apóstoles que les acompañen en el mundo de la comunicación. La misión e institución salesiana, por lo dicho antes y particularmente por lo que se refiere a la dimensión de la CS, necesita de la presencia y aporte de seglares conscientes de su bautismo e identificados con Don Bosco, con la Congregación y con la misión salesiana.

El último y no menos importante criterio de esta plataforma: *la calidad profesional*, adecuada al espacio donde se vive y al momento en que se vive. Calidad de relación, de mensaje y de selección de medios, adecuados al mensaje y a los destinatarios. En este apartado Don Bosco tenía también su propia visión y exigencias. Una vez que se dio cuenta de que la comunicación entraba entre las prioridades apostólicas de la misión salesiana no podía permitirse quedar ni atrás, ni al margen, pues de ese modo comprometería la evangelización y la educación de los jóvenes, la defensa y sostenimiento de la fe del pueblo. Su pasión pastoral lo convirtió en gran emprendedor con el fin de ganar almas para el Señor. Es por eso que adquirió una fábrica de papel, competía con las mejores imprentas de la ciudad de Turín, fue editor y escritor, creador de bandas musicales de renombre, promotor del teatro, fundador del Boletín Salesiano, implicando siempre y en todo a clérigos, hombres de política y de negocios, a tantas personas de buena voluntad que simpatizaban con su proyecto. La calidad, identidad y significatividad como marca de la comunicación salesiana serán su misma garantía de futuro y le permitirán habitar los mismos espacios culturales y tecnológicos del pueblo y de los jóvenes.

2. Areas de acción para la organización de la CS en la Inspectoría

La plataforma antes comentada se apoya sobre cuatro pilares que constituyen la organización y estructura elemental de la CS en cada Inspectoría: la animación/formación, la información, la producción/coordiación de empresas de CS, el cuidado y promoción de los bienes artísticos y culturales.

2.1. Área de animación/formación de la CS en la Inspectoría

El Delegado Inspectorial para la CS.

Si en los criterios afirmamos la centralidad de las personas, en la organización la confirmamos. Es casi imposible que en la Inspectoría haya vida y dinamicidad en un sector o dimensión sin la presencia efectiva de un animador. Toca al Inspector delegar el sector y el trabajo a un salesiano, a un laico o una laica. Al Delegado o Delegada se le ha de dotar de: autoridad delegada, tiempo, espacio, preparación y recursos que le permitan animar personas, comunidades y obras, con la ayuda de un equipo y con un plan previamente aprobado y establecido. Si se nombra un laico o laica como Delegado (Actas del Consejo General 411, Orientaciones y Directrices), se les ha de reconocer y de respetar en su cargo y en su servicio profesional. La sola nominación de Delegados sin que tenga la real posibilidad para ejercer su cargo lleva a salesianos y laicos a la frustración, a la pérdida de interés en el sector que representan y a dañar la imagen del sector para el que fueron Delegados. Es bueno que el Delegado lo sea a tiempo completo. El hecho se ha de ver como una inversión y no como una pérdida, dado que nuestros destinatarios habitan, igual nosotros, un mundo de comunicación que adquiere cada vez mayor relevancia en todos los campos de la sociedad.

El Equipo Inspectorial para la CS

El Inspector nombra, también de modo oficial, un equipo formado por salesianos y laicos especificando sus roles y funciones, y comunicándolo tanto a ellos como a los salesianos de la Inspectoría y a los colaboradores de la Comunidad Educativa Pastoral (CEP) en las obras. El trabajo del equipo es de reflexión, animación, apoyo, planeación y evaluación. La selección de las personas será de acuerdo a la experiencia, preparación, capacidad de relación y de trabajo en equipo.

Coordinación de sectores de la Misión

Al inicio del año educativo pastoral es indispensable que haya un primer encuentro de los Delegados de la Formación, Pastoral Juvenil, Comunicación, Misiones y Economía. Desde el Proyecto Orgánico Inspectorial (POI), y desde los objetivos del año educativo pastoral, acuerdan los objetivos, procesos, las actividades conjuntas y los momentos de colaboración a lo largo del año, y también allí establecen un calendario de reuniones entre ellos o en grupos pequeños o amplificadas, de acuerdo a la naturaleza y objetivos de los encuentros. De ese primer encuentro se desprenden las programaciones específicas de cada sector para caminar hacia el mismo fin en unidad con toda la Inspectoría y en apoyo al Inspector que les ha delegado un sector de la misión. Ya existen en la Congregación buenas experiencias donde los Delegados de diversos sectores, viven en la misma comunidad, planean y evalúan juntos, comparten actividades y procesos, sin caer en las tentaciones ni de la uniformidad ni de la independencia.

Proyecto Inspectorial de Comunicación Social (PICS)

El Delegado y su equipo elaboran y actualizan el PICS (Proyecto Inspectorial de Comunicación Social), de acuerdo a las prioridades de los Capítulos Generales y a las necesidades locales, para tener claros los objetivos, los procesos, las actividades y los indicadores de resultados. Conciertan un calendario de reuniones para reflexionar, programar y evaluar, para asegurar visitas a comunidades y a obras. El PICS es presentado al Inspector para su aprobación y él mismo establece fechas para que se presente regularmente el Delegado al Consejo Inspectorial para informar y recibir indicaciones.

La formación integral: prioridad de la CS

La formación permanente e inicial sigue siendo prioritaria para la CS, ese es su futuro, pues se trata no sólo de tener empresas o de generar información, se trata sobre todo de ser comunicadores, independientemente del tipo de medio que se tenga o se use, y de crear significados y opinión. A la formación a la CS el Delegado y su equipo han de dedicarle sus mejores energías y sus mayores esfuerzos, trabajando siempre en coordinación con el Delegado para la Formación y su equipo. No se trata sólo de talleres eventuales, sino de temas transversales y de experiencias que se plantean de modo sistemático a lo largo de la formación inicial y permanente en cada una de las Inspectorías o en los centros a los que acuden nuestros formandos procedentes de inspectorías y países diversos.

El proyecto inspectorial de formación a la CS (PIFC)

Del PICS deriva, entre otros proyectos, el PIFC. Los contenidos fundamentales para la formación están incluidos en el SSCS y algunos también enunciados en la Ratio. El libreto contiene lo que hace seis años proyectaron los Consejeros Generales para la Formación y la CS. Se trata de un documento simple, esencial y generador que pide continua reflexión y actualización por parte de los equipos de ambos sectores, por ello es bueno aclarar que un documento oficial elaborado por los dos Dicasterios y aprobado en Consejo General, exige una aplicación formal y oficial en la Inspectoría o centros de formación. El documento y su aplicación han de ser del interés de ambos sectores, sin postergación u olvido de parte de alguno. Sea en su elaboración como en su actualización, el PIFC ha de mantener siempre en relación estrecha las dimensiones esenciales del salesiano: evangelizador – educador – comunicador.

Los niveles de formación a la CS

La formación, de acuerdo al SSCS, ha de tener tres niveles: uno básico que es ofrecido durante la formación inicial, el otro a nivel de los colaboradores, operadores y animadores de la misión salesiana, y el tercero el de la especialización. Sobra decir que la formación a la comunicación la viven juntos formadores y formandos. En el campo de la CS todos aprenden de todos. Es necesario que en cada Inspectoría haya al menos dos salesianos especializados en CS para que pueda haber calidad,

continuidad y equilibrio y una buena colaboración con los demás sectores de la Inspectoría.

2.2. Área de información

En el área de la información se trabaja para mostrar la actualidad de la misión como rostro específico y razón de ser de la Institución salesiana, tanto al interno como al externo de la misma. Por tal motivo es necesaria una organización y coordinación oficial de personas fiables y preparadas al nivel de su responsabilidad, capaces de trabajar de modo sistemático y en red, con deseo de comunicar y con capacidad para informar, abiertos a las relaciones humanas, al trabajo en equipo y con capacidad para superar las presiones propias del oficio.

Informadores oficiales

La comunicación institucional en la Inspectoría requiere de un eficiente y claro flujo de información oficial. Desde el interno se abre y hace visible a través de las informaciones del Inspector y de los Delegados de los sectores hacia las comunidades religiosas y hacia las obras, de éstas hacia el Inspector, y de las obras entre sí. Es igualmente necesario identificar, haciendo del conocimiento de todos, quiénes son los informadores oficiales locales y quién o quiénes, en el centro Inspectorial, manejan la *oficina de prensa* y las *relaciones públicas*, y a quién se ha dado el cargo de *vocero oficial* de la Inspectoría para interactuar con la Iglesia y con los medios locales, lo mismo que con la Congregación. Dichos cargos los pueden sustentar salesianos preparados o laicos contratados. Es muy importante ser conscientes de que vivimos en un mundo donde todos, y por diversos medios, pueden crear y compartir información.

Optamos por la calidad y la seguridad de la información

Las nuevas tecnologías han facilitado la incrementación de informaciones no siempre de calidad, ni de contenido profundo, ni de completa veracidad. En la Congregación optamos por una información que por su actualidad, profundidad, veracidad y belleza, compita y salga vencedora sobre la informal, de poca profundidad cultural, de sólo consumo y con poco fundamento de verdad. De allí la importancia de la selección y preparación de nuestro personal. La información para nosotros no es sólo cuestión de conocimiento y buen manejo de las nuevas tecnologías y los nuevos lenguajes, además de ser profesionales nos comprometemos en su humanización y evangelización.

Información entre Inspectoría y Dirección General

La Congregación es una realidad evangelizadora y educativa en 130 países del mundo. Es una realidad globalizada no siempre conocida en la belleza de su unidad y comunión en la diversidad. Con una frecuente información inspectorial periódica de buena de calidad, se crea una red salesiana de comunicación que refuerza la

identidad y la vitalidad del carisma. El Delegado Inspectorial, al menos cada mes, deberá seleccionar y hacer llegar información de amplio interés a ANS, bien redactada y respaldada por buenas fotografías y datos precisos. La voluntad política de compartir lo que se es, se hace y se vive en cada Inspectoría, favorece la dinámica de la pertenencia, participación y comunión de quienes forman la Institución. A un buen Delegado no se le ha de pedir desde ANS que envíe noticias para hacer ver su Inspectoría en la Congregación, se le debería pedir que no envíe tantas. Con el correr de los años se han elegido diferentes medios para ofrecer una buena imagen de la Congregación sea a nivel internacional como local: el Boletín Salesiano, la Revista anual Salesianos, los sitios Web. Estos tres medios de información y de imagen institucional han de contar con la participación, promoción, organización y distribución del Delegado y su equipo, es una de sus prioridades.

Información de la Inspectoría hacia la Iglesia y la sociedad

Una institución sería necesita de una oficina de prensa profesional. Siendo parte de la Iglesia y compartiendo su misión, siendo parte de la sociedad y colaborando en su humanización, nos abrimos e interactuamos con otros medios eclesiales y civiles como: periódicos, revistas, radios, programas de TV, no sólo cuando somos llamados, sino adelantándonos para ofrecer nuestra información y darnos a conocer. Nos toca construir nuestra imagen y crear opinión pública sin esperar a que otros nos la construyan o nos la destruyan. Hacemos mucho bien, y no puede quedarse encerrado dentro de los muros de nuestras obras o en el círculo de comunidades que viven en la autocomplacencia. En el presente una Institución como la nuestra carece de valor público si no llega a crear opinión respecto a jóvenes, evangelización, educación, valores cristianos y derechos humanos. No nos conformamos con la creación de ambientes internos buenos, nos proponemos influir en la calidad de la sociedad porque de allí nos viene el aire social que todos respiramos: jóvenes, padres de familia, colaboradores y salesianos. Eso mismo es ya la base para promover, o defender si es necesario, la imagen de la Congregación, de la Inspectoría y de la obra local.

2.3. Producción de comunicación y coordinación de empresas

La producción como consecuencia de criterios salesianos

Este cuarto punto aparece generalmente como el primero en la mente de los hermanos y en la organización de las inspectorías, pero tendría que ser la consecuencia de la plataforma y de las tres primeras áreas de acción. Son los salesianos con claridad carismática y vocacional, con buena animación inspectorial, con una formación continua en CS, con capacidad para comunicar e informar, los que deciden qué medios tener y usar, qué es lo que necesitan producir y cómo coordinar las empresas, los medios y las producciones por las que han optado como Inspectoría. La producción individual sin coordinación inspectorial o nacional lleva a la dispersión de fuerzas y a la fragmentación de los objetivos.

En este cuarto apartado se vuelve a requerir el trabajo en equipo a nivel inspectorial y nacional bajo el impulso de la misión común y la realidad local. Cuando hablamos de producción entendemos que no se trata de ofrecer sólo un servicio para el consumo interno (Inspectorial o de Familia Salesiana), sino para el consumo y apostolado externo. Pensar sólo y prioritariamente a niveles reducidos es pensar a la muerte de las empresas de CS. Hoy sólo se sostienen y pueden competir las empresas que trabajan de modo profesional y actualizado, que hacen alianzas y producen para públicos amplios, sin esta nueva mentalidad el mismo bien que se hace al interno dejaría de hacerse.

Hablamos de empresas y de producción en medios de comunicación tradicional y en las nuevas tecnologías. Las Inspectorías producen de acuerdo a su realidad, posibilidad e interés: diversos tipos de libros y revistas, poesía, canto y musicales, teatro, eventos de masas, programas radiofónicos y de TV, fotografía, videos, infinidad de contenidos en las redes sociales, etc.

Coordinación de empresas

Es oportuno comenzar diciendo que los criterios establecidos en ACG 390 (2005) sobre “Líneas y orientaciones para las editoriales salesianas”, siguen vigentes. Nosotros continuamos hablando de “empresas” de comunicación entendiéndolas como “obras” con finalidad educativo pastoral. Estas “obras” hacen un bien inimaginable cuando sus productos educativo evangelizadores llegan a miles de personas dentro y fuera de las obras tradicionales salesianas. Clasificarlas sólo desde la perspectiva económica es reducirlas al campo económico y de lucro, y con esa lógica una vez que no rinden “habría que cerrarlas”. Ese no es el concepto que tenía Don Bosco de dichas empresas – obras, basta leer su carta sobre “La difusión de los buenos libros” y el artículo 43 de las Constituciones para entrar en otro concepto de obra en función de la fe del pueblo y de la educación de los jóvenes.

Los últimos Capítulos Generales han hablado de la necesidad de nuevas presencias flexibles que nos permitan llegar de modo diversificado a los destinatarios. Visto lo anterior, las diferentes empresas de comunicación que pueda haber en una inspectoría se han de coordinar profesionalmente teniendo como objetivo final la misión, la cultura cristiana, la evangelización del pueblo de Dios y la educación de los jóvenes. La coordinación general compete a los delegados de comunicación y economía en acuerdo con el Inspector y su Consejo. Es muy importante la conjugación y equilibrio entre la perspectiva comunicativa cultural y cristiana, la económica administrativa y la pastoral salesiana, con claridad de estatutos, sin intereses de lucro, más siempre profesionales y autosustentables, con abierta identidad cristiana y carismática. Las empresas han de estar dentro del POI en cuanto pertenecientes a todos los hermanos, con un sano control y un necesario apoyo institucional.

El paso rápido del mundo analógico al digital, con todo lo que implica de cambio de mentalidad, de tecnología, de economía, de educación y de leyes de comunicación en

los diversos países, plantea serios desafíos a nuestras empresas de comunicación. Dicha realidad requiere de la continua actualización del personal, de la colaboración de laicos competentes, de la creatividad profesional y de la unidad de empresas de comunicación y educación, dentro de la propia Inspectoría y país, como entre diversas Inspectorías y países.

Nuestras empresas de comunicación han de abrirse para conquistar nuevos mercados educativo pastorales. Se trata de llevar nuestros productos y valores fuera de los muros de nuestras obras tradicionales y acercarlos a quienes no nos conocen ni visitan nuestras obras. Se da por supuesto que la Institución es la primera en aceptar y consumir los productos de casa, y que se hace corresponsable de la promoción de las propias empresas. La Identidad, la unidad y la calidad nos mantendrán vigentes y competentes al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

La naturaleza de las empresas y de la producción implica el diálogo y la información de los Dicasterios de Comunicación, Economía y, sin más, el Gobierno del Inspector y su Consejo.

2.4. Cuidado y promoción del arte y la cultura

A partir del CG27 se ha integrado al SSCS el cuidado y la promoción del arte y de la cultura. La integración de esta área al SSCS no requiere de justificación, habla por sí misma. No se trata solo del patrimonio artístico cultural heredado a la Congregación en cada una de las Inspectorías y comunidades y obras locales, se trata también del desarrollo del arte y de la cultura en el presente y en el futuro en cuanto campos de presencia de los jóvenes y, por ende, de los salesianos y de nuestros colaboradores. El legado recibido se cuida, se cataloga, se estudia y se promueve porque pertenece a la Institución y no a los individuos encargados en turno en determinada obra. Dentro de este patrimonio contamos obras de escultura, música, pintura, teatro, fotografía, video, museos y los edificios, entre otros. En la recopilación, organización, cataloguización y promoción colaboran los servicios de secretaría, historia, comunicación y economía.

Hablamos no sólo de objetos o documentos materiales, sino también digitales, pues son los que más corren riesgo de desaparecer o de ser menospreciados en importancia.

El Delegado para la CS, en coordinación con los sectores mencionados, dedica tiempo a catalogar y clasificar obras de modo sistemático y científico. Desde allí nacen las prioridades de restauración y de inversión para construcciones y obras históricas y artísticas que pertenecen a la Inspectoría, y no a la comunidad o director en turno. El trabajo lo llevan a cabo personal profesional.

En el campo de la documentación es un imperativo rescatar y actualizar archivos pasando del papel al digital adquiriendo nueva mentalidad para un nuevo modo de conservación de archivos inspetoriales y de obras locales. La conservación y cuidado

de las crónicas, diversos libros, fotografías y vídeos que atestiguan el desarrollo y vida de obras y comunidades es un deber de conciencia de quienes son elegidos como secretarios o cronistas junto con los Delegados para la CS. Los Inspectores, a través de sus secretarios y Delegados, han de cuidar, rescatar y ordenar todo tipo de información en sus diversos soportes: papel, fotografía, video, grabación, digital. Es deber del secretario tener actualizada y ordenada toda la información digitalizada en memorias externas, unas abiertas al uso del público y otras sólo de conocimiento de ellos y de quienes les sucedan en turno; han de tener cuidado de catalogar documentos y obras y de escanear fotografías impresas con reconocimiento de lugar, evento, fechas y personajes, y en este servicio nuestros ancianos juegan un papel muy importante. Las nuevas fotografías digitales han de llegar a la secretaría y a los servicios de información con pié de foto señalando: fecha, evento, lugar y personajes más importantes y reconocidos, como mínimo. Se trata de un trabajo de CS en conjunto con la secretaría y los cultores de la historia salesiana.

3. A modo de conclusión

En principio y siempre hablamos de un salesiano que es, como Don Bosco, comunicador. Con esta convicción se quiere superar la tentación que reduce en la práctica la comunicación salesiana a tener empresas o a usar medios, a ofrecer información inmediata de lo que sucede o a estar omnipresentes en las redes. La comunicación salesiana implica toda la persona en relación con la comunidad, nace desde la identidad vocacional y la autenticidad de vida, se manifiesta con un testimonio visible en diversos medios y con la condisión de contenidos y símbolos de calidad.

Con el desarrollo de las nuevas tecnologías aparecen nuevas expresiones artísticas culturales, nuevos lenguajes y modalidades de comunicación, algunos efímeros y de moda, otros con bases sólidas y con posibilidad de continuidad y profundización. Las vocaciones y los jóvenes salesianos vienen de este continente, utilizan esos soportes y tienen conocimiento y dominio de los nuevos lenguajes e instrumentos de comunicación. Algunos de estos salesianos poseen una particular sensibilidad artística, cultural y comunicativa que es necesario apoyar y educar. Ya no se trata verlos como hobbies de interés personal, como distractores de la misión, como se creía en un tiempo. En cambio se trata de los nuevos campos culturales, sociales y pastorales donde se va a vivir y a madurar la vocación y la misión junto con otros salesianos y colaboradores y con los jóvenes que habitan este nuevo continente. Imposible vivir fuera de estos campos, y la vocación y la misión están condicionadas por ellos, pues han modificado: nuestros modos de relacionarnos con los demás y con Dios, nuestros conceptos de espacio y de tiempo, nuestros hábitos de trabajo y de consumo, nuestra capacidad de conocer y de aprender, nuestros momentos de diversión y encuentro, nuestro modo de sentir y valorar.

Hay un movimiento irreversible, todo está cambiando: la cultura, la tecnología, la sociedad, las personas, los jóvenes y nosotros también. Este es el contexto y

personas que requieren de parte nuestra una nueva mentalidad, una nueva formación y un nuevo salesiano, un nuevo modo de valorar, organizar y estructurar la comunicación unidos y de acuerdo al SSCS y a los cuadros de referencia de la Pastoral Juvenil y de las Misiones. Todos los sectores nacen del mismo carisma en función de la misma misión.

En nuestra Congregación, independientemente de las empresas, de los soportes, los lenguajes e instrumentos de comunicación en uso y en desarrollo, ha de permanecer actualizado un salesiano apasionado por Dios y por la salvación de los jóvenes, siempre e igualmente evangelizador, educador, comunicador.

© Vida salesiana

Cómo escribe Don Bosco

Carlos Rey Estremera¹⁶

*El Alquimista*¹⁷ relata las aventuras de un joven pastor andaluz que, durmiendo bajo un gran sicómoro entre las ruinas de una iglesia, tiene un sueño repetido que le impulsa a buscar un tesoro escondido. Emprende entonces un largo viaje a las pirámides de Egipto, donde espera encontrarlo. Por el camino conoce personas, lee libros, sufre decepciones, engaños, robos... y encuentra al Alquimista, misterioso personaje, que le guía hasta las pirámides. Allí, a punto de morir a manos de unos salteadores, descubre, por las palabras de su jefe, dónde está el tesoro: entre las raíces del sicómoro de donde había partido años antes.

De vuelta a la iglesia, piensa “en los numerosos caminos que ha recorrido y en la extraña manera que ha tenido Dios de mostrarle su tesoro”. Si no hubiera seguido los impulsos de su corazón y hecho aquel largo camino, no habría descubierto su tesoro. “Cuando tenemos los grandes tesoros delante de nosotros, nunca los reconocemos”, le había dicho el Alquimista.

Si es así, si nuestro tesoro se encuentra allí donde estamos, si puede que todavía no nos hayamos dado cuenta de hasta qué punto es valioso, busquémoslo siguiendo, en vez de un sueño, la pista que nos ofrece D. Caviglia: “En ciertos textos autógrafos de Don Bosco son muy visibles sus huellas”.

¡Quién sabe si haciéndolo, nos asomaremos a la intimidad de nuestro querido padre espiritual, con quien convivimos hace ya tantos años! ¡Quién sabe si llegaremos a sentir su palpitar, su respiración y su misma vida! ¡Quién sabe si se nos hará fuente interior que nos alimente y nos sirva para vivir!

Quien busca un tesoro cava para sacar a la luz lo escondido, lo todavía no descubierto ni alcanzado. Nosotros cavamos hoy en Don Bosco como quien juega y se entretiene en algo que nos resulta muy agradable, aunque pueda parecer inútil, como un niño que se divierte con lo que tiene a mano. No es broma. Una de las

¹⁶ Texto inédito para Forum.com.

¹⁷ Libro, de carácter simbólico, del brasileño Paulo Coelho. Se encuentra en internet.

utilidades de las MO, dice Don Bosco, es que “sirvan de ameno entretenimiento a sus hijos” (MO 5). Es lo que pretendemos: entretenernos con sus Memorias y ver qué pasa, aunque alguien pueda pensar que “nos vamos por las ramas” o “nos perdemos por los cerros de Úbeda” porque, en vez de centrarnos en el mensaje, nos fijamos en detalles sin importancia aparente.

Don Bosco, en las MO, no habla de todo ni da la misma importancia a cada hecho o persona a que se refiere. Algunos acontecimientos, encuentros y personajes destacan en el texto por el espacio que ocupan, por los detalles que nos ofrece de ellos o por su permanencia e influencia en él durante décadas.

Si en un ejercicio de paciente entretenimiento nos dedicamos a contar las líneas que ocupan los diversos relatos, observaremos que algunos, breves en el tiempo, ocupan mucho más espacio que otros mucho más duraderos¹⁸. Veamos.

Don Bosco dedica solo 55 líneas al conocido conflicto con su hermano Antonio, que duró siete años (1824–1830). De este mismo periodo son otros cinco eventos, muy importantes para él, pero mucho más cortos: el sueño de los 9 años, al que dedica 68, sus actividades con los niños (87), su 1ª Comunión (35), su relación con Don Calosso (156) y su diálogo con el clérigo Cafasso (37).

Llama la atención que solo dos de estos temas ocupen menos espacio que el largo y angustioso conflicto familiar en cuyo contexto se dieron, que le impidió estudiar y le obligó, incluso, a vivir fuera de casa casi tres años. Impresiona ver el contraste entre la brevedad casi telegráfica (55 líneas) con que se refiere a una situación muy dolorosa, que se prolongó durante casi siete años, y el modo como se explaya al hablar de D. Calosso (156), con quien convivió apenas uno. Y si comparamos el texto del conflicto, que todo lo atraviesa, con el de los varios acontecimientos positivos, mucho más breves en el tiempo, incluso en su conjunto, la desproporción es gigantesca: 55 líneas contra 435.

Los nueve años que Bosco pasó en el Seminario y el Convitto (11-1835 a 10-1844) fueron muy ricos en personas y acontecimientos que, a juzgar por el espacio que les dedica, fueron muy significativos para él: la necesidad de cambiar de vida y sus esfuerzos por conseguirlo (150 líneas); su relación con Comollo (132); sus primeras predicaciones, en las que busca su propia vanagloria, y su cambio de actitud (105); su deseo de atender a los jóvenes (81); la ayuda de D. Cafasso en momentos clave de discernimiento (76); el traslado del Oratorio del Convitto al Refugio (75); la descripción del mismo en 1842 (64); el diálogo con Bartolomé Garelli (61) y el nuevo sueño (46).

Determinante es el breve relato (22 líneas) de su encuentro con los jóvenes encarcelados. A partir de este hecho, las MO quedan polarizadas por la cuestión

¹⁸ Tomamos como referencia: BOSCO, G., *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*. Introduzione e note e testo critico a cura di A. DA SILVA FERREIRA (ISS - Fonti - Serie prima 4) Roma, LAS, 1991.

juvenil, lo que refleja el fuerte impacto que le produjo y el vuelco que provocó en su vida al cambiar, parcialmente al menos, el eje de la misma.

Hasta entonces Bosco había vivido centrado en su deseo de estudiar para ser sacerdote y aproximarse a los jóvenes. Alcanzado el objetivo y apenas ingresado en el Convitto, acontecimientos que no preveía, le ponen ante una realidad juvenil desconocida y pasa por una experiencia existencial que le muestra otra cara de la vida y que le horroriza.

Ante aquel drama, que exigía una respuesta urgente, el joven sacerdote inicia con D. Cafasso un proceso de discernimiento para ver cómo responder a lo que, intuye, tiene que ver con Dios:

Transmití mi pensamiento a D. Cafasso; con su consejo y ayuda, me puse a estudiar cómo llevarlo a cabo, dejando el éxito en manos del Señor, sin quien resultan vanos todos los esfuerzos de los hombres (MO 88).

Pero el relato que más sorprende, por su extensión, es el del periodo de menos de dos años y medio (12-844 a 05-1847) desde su salida del Convitto hasta establecerse en Valdocco, que incluye el periodo del Oratorio itinerante, el traslado del mismo a la casa Pinardi y su gravísima enfermedad.

El espacio que Don Bosco dedica a este tiempo es absolutamente desproporcionado: una cuarta parte de las MO, 49 páginas de 201 o 1.120 líneas de un total de 4.475. Esto es algo menos que el dedicado a sus primeros 20 años de vida¹⁹ y más que a los 9 años de su formación sacerdotal²⁰, lo que evidencia la densidad y dramatismo que tuvo para él este período de tiempo, relativamente breve, la intensidad con que lo vivió y su importancia para su vida y su obra.

Otros hechos a los que Don Bosco dedica mucho espacio son, por orden cronológico: la construcción de la Iglesia de S. Francisco de Sales (118 líneas), la explosión del polvorín (66), el inicio de las Lecturas Católicas (125) y los atentados personales y la protección del Gris (193).

¿Qué indica esto? ¿Qué significa? ¿Qué nos quiere contar? ¿Qué está por debajo de los relatos? ¿Cuál es su núcleo o centro inspirador? Los datos aquí expuestos son insuficientes para sacar cualquier conclusión, pero junto con otros, que los hay, apuntan a diversas pistas de reflexión o estudio muy valiosas y útiles para vivir. Indico algunas, solo para abrir horizontes:

1º - Las MO son y contienen más, mucho más, que lo que parece y su comprensión no acaba con la información o el mensaje pedagógico que ofrecen. Son, como la Biblia, un texto vivo que se va revelando al lector según

¹⁹ Desde su nacimiento (15-08-1815) a la elección de estado (primavera de 1835).

²⁰ Desde la toma del hábito clerical (25-10-1835) a la bendición de la primera Iglesia del Oratorio (8-12-1844).

este va conociendo y conectando con su autor por dentro y, muy importante, va progresando en su propia vida espiritual.

2º - Todos los relatos tienen una profunda unidad entre sí y con el triple objetivo que el santo se propone al iniciar las MO.

3º - Existe un núcleo común, que el lector hará bien en buscar, si quiere sintonizar a fondo con el autor y recibir la vida que él mismo quiso transmitir a sus “hijos queridos” (MO 5).

4º - Los episodios y personas centrales, que son aquellos en los que más se detiene, están reflejados en los dos sueños que relata: el de los 9 años (MO 10-12) y en el “Nuevo sueño” (MO 97-99), lo que ofrece pistas sobre cómo conviene leerlos e interpretarlos, más allá de la perspectiva histórica y pedagógica.

5º - Existe un claro paralelo entre las MO y varios relatos bíblicos: el Éxodo, la historia de Abrahán o de José, por ejemplo. Esto, además de iluminar el texto, ofrece la posibilidad de leerlo en clave bíblica, como Historia de Salvación, en cuanto intervención de Dios en la historia para la salvación de la juventud, según el mismo Don Bosco afirma en la “Introducción al Reglamento del Oratorio”.

Al final de su arriesgado periplo, el joven pastor andaluz es asaltado, robado y golpeado por unos salteadores. Su jefe, antes de irse, le dice:

Aquí mismo, en este lugar donde estás tú ahora, yo también tuve un sueño repetido hace casi dos años. Soñé que debía ir hasta los campos de España y buscar una iglesia en ruinas donde los pastores acostumbraban dormir con sus ovejas y que tenía un sicómoro dentro de la sacristía. Según el sueño, si cavaba en las raíces de ese sicómoro, encontraría un tesoro escondido. Pero no soy tan estúpido como para cruzar el desierto solo porque tuve un sueño repetido.

El joven pastor, que había hecho caso a sus sueños y recorrido un largo y accidentado camino, vio en estas palabras la respuesta a su búsqueda. Allí, donde él solía dormir, encontró “un baúl lleno de viejas monedas de oro españolas, pedrería, máscaras de oro, ídolos de piedra con brillantes...”.

El pastor que buscó halló su tesoro; el salteador, que no lo hizo, llegó a “jefe de salteadores”. No es lo mismo buscar que no hacerlo.

Testigos de Dios en el claroscuro de la vida En la capacidad de amar y en el desvalimiento afectivo

Miguel Ángel Calavia

1. Capacitados para amar

La palabra *amor* es una de las más desgastadas, devaluadas y adulteradas de la historia, y, sin embargo, sigue siendo la palabra fundante más importante del ser humano; el eje principal sobre el que gira la maduración de la persona. La experiencia del amor –sentirse amado y amar– está en el origen de nuestras vidas; hemos nacido, aunque no siempre sea así en todas las personas, como fruto de una decisión amorosa. El amor nos acompaña mientras vivimos, y lo esperamos como fuente de energía, motivación y encuentro. El amor se convierte también en el principal marco de referencia al final de nuestros días; como dice nuestro místico “al final de nuestros días seremos juzgados sobre el amor”

El amor entre personas es un *don* y una *tarea*. Como *don* es fruto del árbol de la vida que crece en nosotros y quiere hacerse realidad día a día. Como *tarea*, el amor es aprendizaje, proceso de personalización y maduración. Sin amor, no se experimenta la historia de Salvación, ni el ser hombre o mujer a imagen de Dios, ni el ministerio sacerdotal ni la vocación salesiana.

Pero la capacidad de amar no se desarrolla en abstracto; se expresa en la *solicitud*, el *afecto*, y la *intimidad*; tres dimensiones que deberían caminar unidas, pues sin ellas el amor queda desequilibrado, o se convierte en un sucedáneo del verdadero amor. La *solicitud* supone la atención eficaz al otro en sus necesidades y deseos, hacerse cargo del otro, escucharle, respetarle, ayudarle. El *afecto* añade algo más: no sólo doy algo a alguien, sino que quiero estar con él, junto a él; el afecto es la atmósfera calurosa y magnéticamente atractiva que nos lleva a compartir tiempo, cercanía física, sintonía personal y emocional con el otro. La *intimidad* consiste en comunicarse con el otro: por eso implica la palabra con la que me expreso y la actitud de escucha que hace posible que el otro se me manifieste; la intimidad es el puente que, verbalmente o no, nos acerca al otro y nos permite la maravilla del encuentro, de la relación personal y del conocimiento mutuo.

Normalmente se ha educado a los sacerdotes y religiosos para la *solicitud*: hacernos cargo del otro; menos para el afecto, y muy poco para la intimidad. Pero no hay solicitud sin afecto, que es el que mueve, humaniza y acerca la solicitud a la persona.

Es el *afecto* el que hace que la *solicitud* no se ejerza de arriba abajo, desde el poder. La solicitud sin afecto nos llevaría a un servicio burocrático. El afecto permite una solicitud del yo-tú desde abajo, desde el no-poder, que hace del amor el único lenguaje eficaz. Si el amor es la palabra clave para entender la vida, el sacerdocio y la vida religiosa, necesitamos del afecto para que ese amor adquiriera su verdadera dimensión humana.

Saber armonizar *solicitud, afecto e intimidad* supone amar desde todo el ser, no solo con un gesto voluntarista, ni con una dimensión puramente intelectual, ni tampoco como un alboroto de los sentidos o de las emociones. Supone un amor lúcido, una inteligencia o sabiduría del corazón. El amor, desde estas tres dimensiones, no es algo que yo doy, sino la manera de ser alguien para el otro; es sacar al otro del anonimato, darle rostro y nombre y hacer que sea protagonista de su propia vida. La humanidad y la Iglesia necesitan sacerdotes y religiosos/as que amen, no que funcionen.

2. Pero también experimentamos el desvalimiento afectivo

Esta capacidad de amar no siempre la vemos actualizada en nuestra vida con todas las manifestaciones indicadas. Tal vez, el amor no ha pasado todavía junto a nosotros aunque su semilla esté en nuestro corazón, o ha pasado con un lenguaje distinto del que esperábamos, o quizás se ha visto eclipsado por experiencias de desamor, en forma de soledad, aislamiento y *desvalimiento afectivo*.

Aparece el *desvalimiento afectivo* cuando se da una desproporción entre las necesidades afectivas de la persona y los recursos o posibilidades que ésta tiene para satisfacerlas. Se experimenta como una sensación subjetiva de no valer nada (o muy poco) para alguien o para sí mismo, de constante insatisfacción afectiva, de no ser querido, ni quererse, ni digno de ser querido. Y se vive de forma distinta según la edad: no es lo mismo la crisis afectiva del joven sacerdote o religioso/a de 28 años, que la falta de sentido del adulto en la mitad de la vida, o la soledad y falta de fuerzas del anciano...

El *desvalimiento afectivo* no es infrecuente, se nos presenta enmascarado, muchas veces, por un voluntarismo incluso heroico, maquillado con buenas razones "teológicas" y disfrazado por el "rol" de sacerdote o religioso/a, cuando no desplazado hacia un activismo compulsivo o una necesidad de poder.

3. TESTIGOS DE DIOS en el claro-oscuro del amor y del desvalimiento afectivo

La capacidad de amar y el desvalimiento afectivo están presentes en la vida religiosa, configurando el *claro-oscuro* de nuestra vida. Y al igual que en otras circunstancias personales y ambientales, también en ambas situaciones estamos llamados a ser testigos de Dios, a hacer visible y creíble nuestra relación con Dios y nuestra entrega a los jóvenes.

Sugerimos algunos elementos para la reflexión personal y comunitaria.

a) Asumir la propia situación (de amor o des-amor) con realismo y sin maquillajes o evasiones

La experiencia del amor, o su contrario el *desvalimiento afectivo*, configuran de tal manera nuestras vidas, que no podemos cerrar los ojos ante ellas y mucho menos desplazarlas o sustituirlas hacia actitudes y comportamientos inadecuados que solo maquilla o anestesian la realidad de nuestra vida, y perjudican también a los hermanos de comunidad y a los jóvenes. Por eso:

- No es bueno el *activismo compulsivo*, que solo encubre el vacío personal con el autoengaño de que mientras haga cosas, existo, me pruebo a mí mismo que soy válido. El activismo, con todas sus acciones, gestos y palabras, solo nos permite soportar la vida y hacer cola en el reparto del afecto.
- Tampoco el *poder, como sucedáneo del amor*. El vacío emocional que deja el desvalimiento afectivo se llena a veces con el poder, sea propio o de otros. Se siente la necesidad de arrimarse a la sombra del poder para participar en alguna medida de sus privilegios y buscar el “aprecio” del que está arriba, aunque sea a costa de generar dependencia afectiva y renunciar a la propia responsabilidad y autonomía.
- *Ni el narcisismo, enfermedad del des-amor*. Al no verse ni sentirse querido, uno no aprende a querer, ni a salir de sí mismo. Entonces queda el recurso de “gustarse” a sí mismo a través de un perfeccionismo narcisista, imposible y agotador. Aprisionado en su “ego”, el narcisista ni siquiera se da cuenta de su desvalimiento afectivo, porque se entretiene en rumiar moralmente, espiritualmente, laboralmente su propio “ego”; o, en el polo contrario, arremete contra sí mismo y se complace en el propio deterioro.

b) No utilizar a Dios en el desvalimiento

Es frecuente en personas religiosas con experiencia de desvalimiento afectivo acudir a Dios como único valedor, capaz de cubrir con el manto de su amor la propia desnudez existencial. Llegamos a pensar e Incluso nos queremos convencer a nosotros mismos, con una mentira psicológica, disfrazada de verdad teológica, de que nos basta con el amor de Dios. Es cierto que en el camino de la fe nos vamos

experimentando queridos y valiosos ante Dios. Pero Dios no elimina nuestro desvalimiento afectivo. Dios nos salva y nos ama a través de mediaciones; con su ley de amor, germinando en el corazón y la vida de nuestros prójimos, nos salva de nuestras carencias y aislamientos.

En situaciones de desvalimiento es bueno situarse junto a la cruz, y ver cómo Dios permanece mudo compartiendo el desvalimiento afectivo-histórico de Jesús; pero generando la espiritualidad del “compartir” (de dar lo que uno es y posee, de amar hasta la muerte) que reduce el desvalimiento en otras personas, no cubriéndolas con un manto sobrenatural, sino haciendo visible un amor concreto y liberador.

c) Célibes por la experiencia profunda e histórica del Reino

Ser testigos de Dios en el claro oscuro que nos ocupa, conlleva pasar de un celibato *para* el Reino a un celibato *por* el Reino; de un celibato funcional (para), a un celibato *por* la experiencia profunda e histórica del Reino. Ello implica vivir el celibato no como una opción ética o moral, sino con una opción mística, religiosa, experimentado como presencia y don de Jesús.

Implica también asumir que el celibato es contracultural, no para generar actitudes defensivas reprimidas, sino para testimoniar paciente, amable y humildemente la posibilidad de ser hombres y mujeres en comunidad, sin la complicidad de intereses que proporcionan las relaciones socio-familiares o las dependencias afectivas.

d) Evitar la búsqueda de “paraísos” afectivos

No existen “úteros confortables”, ni situaciones definitiva y amorosamente envolventes. Hemos dicho adiós al útero materno, y caminamos hacia el Reino en comunidades nómadas e itinerantes, viviendo en una soledad “habitada” por tantos nombres de hermanos y jóvenes. Una tarea espiritual que no elimina la afectividad, sino el afecto o las dependencias desordenadas. A veces la paciencia evangélica nos llevará a convivir con situaciones en las que la cizaña no puede ser del todo erradicada, sin el peligro de dañar también el trigo.

Quitar afecciones desordenadas significa hacer sitio al afecto ordenado y liberador, energía que hace fructificar la vida auténtica que viene de Dios y va a Dios.

Para concluir, sería bueno recordar las palabras de Don Bosco: *Cuando se trata de los jóvenes, llego hasta la temeridad*. Y la temeridad en nuestra capacidad de amar pasa por salir de sí mismo, y hacer visible y creíble nuestra *solicitud, afecto e intimidad* con los hermanos y los jóvenes, incluso en momentos de desvalimiento afectivo.

Para la reflexión personal y diálogo de la comunidad

1. *¿El tema de la afectividad está presente en nuestros proyectos personales y comunitarios? Forma parte de la comunicación en la comunidad? ¿Qué lo favorece o impide?*
2. *Que manifestaciones concretas de solicitud, afecto e intimidad se viven en la vida comunitaria y en nuestra relación con nuestros destinatarios (jóvenes y adultos? ¿Las vivo en el marco de la fe, o al servicio del propio ego?*
3. *¿Qué lugar ocupa Dios y la mirada de fe en el ámbito de la afectividad? ¿Lo afronto con realismo?...¿O trato de marginarlo con pretextos de todo tipo?*

◎ Pastoral juvenil

*Las periferias, ¿huir de ellas o salir a habitarlas?*²¹

José María Rodríguez Olaizola²²

El centro y las periferias invitan a una reflexión sobre movimientos necesarios hoy. No hay que confundir demasiado pronto «centro» con el lugar del bienestar, y «periferia» con el lugar de las carencias. Si solo fuera eso, todo invitaría a huir de las periferias para encontrar acomodo y seguridad en los centros. Sin embargo, el movimiento que se propone en este artículo es más complejo. En ocasiones, es mejor salir, ir a la periferia, que es margen y frontera, pero es también lugar de una fecundidad distinta. En otras ocasiones, parece más razonable tratar de dirigirse al centro o, al menos, desmontar la diferencia entre centros y periferias. Con esa premisa de desbrozar distintos movimientos, el autor reflexiona sobre cuatro ámbitos de la vida contemporánea: las fronteras geográficas, la cultura, la economía y los afectos, tratando de proponer una mirada al centro y a la periferia en cada uno de esos ámbitos.

Una de las metáforas más atinadas de la cultura popular en la última década ha sido la descrita por Suzanne Collins en *Los juegos del hambre*. En esta trilogía, el escenario resulta extrañamente familiar. Un mundo, «Panem», dividido entre un centro fastuoso, de nombre tan evocador como «El Capitolio», y los Distritos, una periferia sometida que solo sirve para producir lo que se necesita para mantener el nivel de vida en la capital.

Al margen de la mayor o menor calidad literaria de los libros y de la proliferación de sagas resultonas con protagonistas adolescentes, no cabe duda de que la división del mundo evocada por *la trilogía del hambre* es un hecho. Que la inclusión y la exclusión, la aceptación o la condena, el tener derecho o no tenerlo a la hora de intentar acceder a determinados lugares, es universal. Y en consecuencia, muchos ámbitos de la vida tienen sus centros y sus márgenes.

Me gustaría proponer dos puntualizaciones antes de entrar en materia. La primera tiene que ver con la cantidad de ámbitos en los que la realidad puede interpretarse con estas categorías. Cuando hablamos de «centro» y «periferias», es inevitable una

²¹ Artículo publicado en *Sal Terrae*, 103 (2015), pp. 935-946.

²² Trabaja en el Grupo de Comunicación Loyola, <jmolaizola@yaboo.com>.

primera mirada geográfica a la realidad. Después de todo, el mismo concepto invita a pensar en claves espaciales. Sin embargo, hay otros ámbitos de la vida común que pueden interpretarse desde esas mismas categorías. Aunque comenzaré el artículo con un breve apartado aludiendo a la dimensión geográfica, en los puntos siguientes trataré de apuntar por dónde van algunas de esas nuevas periferias existenciales y sociales. En concreto, hablaré de la cultura y el pensamiento; de la desigualdad creciente; y de las periferias emocionales o, más en concreto, de la experiencia de la soledad.

La segunda puntualización tiene que ver con la peligrosa asunción de que estar en el centro es mejor que estar en la periferia. Quisiera huir de la inmediata identificación de *centro* con «lo deseable», y *periferia* con «lo que hay que evitar». Creo, y en las próximas páginas intentaré ofrecer algunas consideraciones al respecto, que en muchas ocasiones el desplazamiento necesario es el que va del centro a las periferias. Salir de los terrenos seguros para adentrarse en los más inciertos.

Centro y periferias geográficas - La exclusión

La férrea e implacable lógica que a unos abraza y a otros condena sigue siendo actual. Tal vez hoy no hablamos, como en el siglo pasado, de primer y tercer mundo (toda vez que el segundo dejó de existir a finales de los años 80); tampoco hablamos con tanta asiduidad de Norte y Sur, aunque la realidad geo-económica del planeta permitiría mantener con bastante tino la identificación del Norte con un mayor desarrollo, y del Sur con una batalla más cruenta por la supervivencia. Hoy los polos de inclusión están más dispersos. En un mundo global, los núcleos de bienestar están salteados, como islas de opulencia en medio de un océano de carencias; y en un mundo de redes, los flujos se mueven de formas variables. Los núcleos más desarrollados van trasladándose, y van surgiendo nuevos «Capitolios» -aunque en muchos lugares de Occidente no terminamos de darnos cuenta de la emergencia de estos nuevos polos de desarrollo-, y seguimos creyendo que ocupamos el centro del mundo.

Por más que el comercio se globalice, se alcancen pactos y caigan aduanas e impuestos para facilitar el tránsito de mercancías y de capitales, las personas no tienen la misma libertad que las materias o el dinero para moverse. Hoy se construyen muros reales, físicos, lo más inexpugnables que se pueda, para impedir que los centros sean «invadidos» por los inmigrantes.

¿Qué es lo que ha cambiado con respecto a otras épocas? El mundo, durante siglos, fue escenario de movimientos migratorios masivos. Los nuevos territorios conocidos se convertían en destino para quienes no tenían nada que perder en sus lugares de origen, y sí mucho que ganar en las tierras prometidas. Las periferias entonces lo eran por tener menos comodidades, por ser tierras peligrosas y por exigir arduos esfuerzos para labrarse el futuro. Pero también eran la tierra de oportunidad para quienes las veían como un espacio de promesas. La colonización —sin entrar ahora en discusiones sobre la forma, errores o responsabilidades que tuviera— fue un

proceso de poblamiento progresivo de un mundo donde parecía haber sitio para más personas y donde las fronteras marcaban el límite de lo desconocido, que atraía en sus enormes posibilidades.

También hubo otra época en que los movimientos iban de los lugares más empobrecidos a otros lugares donde el desarrollo requería mano de obra para poder crecer. No hace muchas décadas, los españoles viajábamos a Buenos Aires, a Méjico o a Alemania huyendo de la penuria. También ese flujo era útil, y la mano de obra parecía necesaria para un mundo que quería crecer a base de trabajo y producción.

Lo que ha cambiado es que hoy el mundo no parece ya tener espacio. Ya no hay nuevas tierras, y los habitantes de las viejas tierras prometidas están demasiado ocupados construyendo muros y pensando que no hay sitio para nadie más. Así que asistimos a una guerra abierta entre quienes quieren moverse y quienes prefieren que aquellos se queden quietos.

Quizá llegue un día en que viajaremos al espacio, a habitar nuevos planetas. Tal vez entonces las periferias vuelvan a ser la frontera de lo desconocido, el límite al que hay que llegar para descubrir lo que hay más allá, la tierra para los audaces. Pero eso es aún ahora ciencia ficción.

Hoy, el centro geográfico se atrinchera, y si puede consolidar dicho aislamiento con barreras físicas, lo hará. Es como un cuadrilátero de boxeo en el que se enfrentasen, a cara de perro, los promotores de muros y los defensores de puentes. Mientras, una gran multitud contempla el espectáculo.

El centro y las periferias culturales - Contra el pensamiento único

La educación es una herramienta de cambio. Un pueblo al que le falte la educación está abocado al desastre. No es nuevo el proverbio (creo que chino) que dice: «Dale a un hombre un pez, y comerá hoy; dale una caña, y comerá toda su vida». Extrayendo la enseñanza de esas palabras, resultaría evidente que hay que ayudar a las personas, capacitándolas para valerse por sí mismas. El mundo de la cooperación tiene proyectos educativos, programas de escolarización y alfabetización, construcción de escuelas en lugares depauperados y formación formal o informal en contextos de pobreza. «Centro», desde esta perspectiva, sería el espacio donde hay acceso a la educación; y «periferia», aquellos lugares a los que dicha educación no llega. En ese caso, sin duda hay que favorecer que la lógica del centro (el acceso a la educación) se extienda lo más posible, y que desaparezcan esas periferias.

Pero es necesario reflexionar sobre periferias culturales más cotidianas. A lo mejor, lo que voy a decir resulta para muchos un comentario elitista y problemático, y corre el riesgo de ser acusado de pretencioso quien diga algo como lo siguiente: en sociedades occidentales, como la española -y otras muchas-, mediáticas, instantáneas, sometidas a los vaivenes de la información y el entretenimiento, se corre el riesgo de un empobrecimiento cultural. Se corre el riesgo de sucumbir a las

oleadas emotivas que se generan con cada noticia que consigue abrirse camino en medio de la selva de informaciones cotidianas. Se corre el riesgo de ser fácilmente manipulables. Y se corre el riesgo de ser ignorantes por pereza, cuando tendríamos a nuestro alcance muchos instrumentos para una formación que estimule la imaginación, la reflexión y la capacidad crítica.

Aquí me gustaría invertir las categorías. El centro cultural sería ese espacio cómodo, que nos es familiar, en el que cada persona encuentra su nicho o su espacio. Si algo sabe la sociedad de la información y del entretenimiento, es diversificar sus ofertas para llegar a capturar en sus redes a la mayoría de las personas. Veamos cuatro ámbitos de la cultura que hoy ocupan el centro: las series, los *reality shows*, los *bestsellers* literarios y las redes sociales.

Hoy en día, se han puesto de moda las series de televisión. Se habla de «la edad de oro de las series». Y, efectivamente, la calidad y cantidad de series televisivas es incontestable. Están las que son populares, seguidas por multitud de usuarios, y las que son minoritarias, incluso definidas como «de culto», que en ocasiones son para selectos grupos que disfrutan con temáticas más particulares. El caso es que hoy muchos pasamos mucho tiempo viendo series de televisión.

En cuanto a los *reality shows*, en sus múltiples variantes, siguen congregando ante el televisor a infinidad de espectadores que se desconectan de sus vidas cotidianas para vibrar con las andanzas de personajes más o menos descerebrados que se encierran en una casa, en una isla, en un plato de televisión, en una discoteca o en un tren. Cualquier escenario es posible para la dinámica del grito arrabalero, el roce fácil, sacar las uñas y deleitarse con los dimes y diretes de quién hizo qué y cuándo. Los perfiles de usuarios de este tipo de programas son variados. No hay que caer demasiado pronto en la descalificación, diciendo que esto solo lo ven *poligoneros* y *marujas* -que parece que con el concepto peyorativo nos cubrimos las espaldas y nos despreocupamos-. Si estos espectáculos ocupan horas y horas de programación televisiva y se llevan buena parte del mordisco publicitario, es porque se ven. Y si se ven, es porque entretienen o gustan.

El panorama literario es, cuando menos, problemático. Las grandes editoriales buscan dar con el título que se convierta en un bombazo. Ese libro que, por las circunstancias, la casualidad, el momento o la oportunidad, se convierta en una bola de nieve que rueda y crezca, de boca en boca, para vender millones de ejemplares en todo el mundo. Si para ello hay que «resucitar» a un autor superventas que lleva casi una década muerto, exprimiendo su legado en una obra postuma, se hace sin pudor. Si una editorial da el pelotazo combinando literatura y erotismo fino, muchas otras tratarán de seguir su estela. Lo «problemático» de la cuestión es la forma en que algunos títulos o sagas son, para muchas personas, lo único que se lee. Y eso en el caso de que se lea.

Por último, las redes sociales, que en una década han colonizado la vida pública. Hoy todo se mueve en ellas: la información, la diversión, las agendas personales, los

perfiles... van generando una manera de comunicarse, de informarse y de pensar. La dificultad para sustraerse a los imperativos de los grandes conglomerados mediáticos; la comunicación a base de titulares; lo inmediato -para lo bueno y para lo malo-; la reacción instantánea ante las polémicas; la incapacidad para ir a las fuentes de las noticias o profundizar en sus contenidos; la búsqueda de lo viral -que se difunde a una velocidad vertiginosa-; el olvido casi instantáneo; la incapacidad para centrarse en una única tarea, en un mundo de estímulos que se superponen y se simultanean, generando una manera de estar que sustituye la concentración por la dispersión...: todo eso ocurre y es parte de la dinámica contemporánea.

Estos cuatro ejemplos nos permiten entender la limitación del «centro cultural». Un espacio colonizado, domesticado y omnipresente, que anula las diferencias y tiende a anestesiar la imaginación, la creatividad y lo alternativo. Lo deseable, en este caso, sería poder salir hacia las periferias. ¿Y qué son dichas periferias culturales? Son el espacio en el que lo minoritario, lo diferente y lo novedoso aún encuentran eco.

No ha de confundirse necesariamente con vanguardias -que siempre ha habido-. Es, más bien, lo infrecuente. Periférico puede ser hoy leer a los grandes clásicos de la literatura, que para demasiadas personas se han convertido en fuente de citas para *twitter*, pero poco más. Periférica es la profundidad en los análisis de las tendencias (ya sean mayoritarias o minoritarias). Periférico es lo que, en los hábitos de consumo cultural, se sale de los grandes *hits* (ya hablemos de cine alternativo, libros que nunca entrarán en las listas de *bestsellers* o noticias que no se convierten, por unos minutos, en tendencia que pronto será olvidada). Periféricas son hoy en día algunas prácticas que, por infrecuentes, resultan casi exóticas. Para los jóvenes, asistir a conferencias más allá de los créditos académicos resulta, en muchos casos, excepcional. Incluso podríamos llamar periférico al turismo que sale del circuito de los viajes programados para permitir que las personas que viajan conozcan de verdad los países que visitan, y no una versión amable y comercial diseñada para generar buenas sensaciones y disfrazar la diferencia de exotismo. Cada uno puede buscar en su entorno ejemplos de aquello que entendemos como «cultura periférica». Y si los encontramos, ojalá podamos darles algo de cancha en nuestra vida.

Centro y periferias económicas - La desigualdad

Vayamos ahora a la economía. Nos encontramos en un mundo en el que la desigualdad es creciente. De vez en cuando, vemos informes que nos ofrecen un panorama que genera desasosiego. Se insiste en que la desigualdad no deja de aumentar. Los más ricos son cada vez menos personas, pero tienen un mayor porcentaje de la riqueza global, mientras que los más pobres se tienen que conformar con migajas cada vez más escasas. Las clases medias adelgazan.

- Casi la mitad de la riqueza mundial está en manos de solo el 1 % de la población.

- La riqueza del 1 % de la población más rica del mundo asciende a 110 billones de dólares, una cifra 65 veces mayor que el total de la riqueza que posee la mitad más pobre de la población mundial.
- La mitad más pobre de la población mundial posee la misma riqueza que las 85 personas más ricas del mundo.
- Siete de cada diez personas viven en países donde la desigualdad económica ha aumentado en los últimos 30 años.
- El 1 % más rico de la población ha visto cómo se incrementaba su participación en la renta, entre 1980 y 2012, en 24 de los 26 países de los que tenemos datos.
- En Estados Unidos, el 1% más rico ha acumulado el 95% del crecimiento total posterior a la crisis desde 2009, mientras que el 90% más pobre de la población se ha empobrecido aún más²³.

El caso es que la desigualdad económica es real. No únicamente entre los extremos (los riquísimos y los que no tienen nada). Las clases medias son un amplio concepto que incluye a personas en situaciones muy diferentes, atendiendo a contextos y lugares. ¿Qué es aquí el centro? El espacio donde el bienestar es accesible. Y la periferia es el lugar donde las carencias se convierten en exclusión.

Lo que va cambiando, lenta pero inexorablemente —a no ser que se haga algo para remediarlo—, es que cada vez en más lugares se desmantelan algunas de las estructuras del Estado de bienestar en nombre de una nueva lógica económica que ha decretado que la vida, tal y como la conocimos, es insostenible. Y esto lleva a que centro y periferias empiecen a coexistir en estrechos vecindarios. Tal vez los datos macroeconómicos aún permiten hablar de zonas ricas y zonas pobres. Pero lo sobrecogedor es la proliferación de islas de opulencia en medio de los infiernos; y a la inversa: la generación de bolsas de pobreza cada vez mayores en medio de los paraísos del bienestar. Ambas convivencias se han producido siempre, pero ahora con muchísima mayor intensidad.

Lo paradójico es la fuerza que tiene el propio sistema para ocultar o aislar las periferias, incluso aunque estén en la puerta. Durante los años más terribles de la crisis, en España, lo que resultaba aterrador para muchos era descubrir que la pobreza, el fracaso, la caída... estaba en la puerta de al lado (si no en la propia). Pasar por la ciudad viendo a uno y otro lado de las calles escaparates con enormes carteles anunciando liquidaciones y cierres generaba vértigo. Oír hablar de los desahucios y descubrir que no ocurría tan solo en zonas marginales, que uno tenía inmediatamente asociadas con marginalidad y pobreza, sino en cada barrio, producía a muchos estupor. Escuchar que había niños que, sin comedores escolares, no podrían alimentarse, provocaba intensos debates entre quienes querían maximizar y

²³ Intermon Oxfam, «Gobernar para las élites, secuestro democrático y desigualdad económica», 20 de enero de 2014.

quienes querían minimizar las cifras, cada uno barriendo para su propia casa. Pero la realidad es que pensar en el hambre cercana, y no en algún país centroafricano, generaba incredulidad e inseguridad.

Aquí tenemos la tensión. En este caso, el reto que existe es el de conseguir difuminar las fronteras. La desigualdad creciente es un problema. La creación de un mundo cosmopolita tan solo al alcance de unos cientos de millones de afortunados que viajan, gastan, viven, experimentan... es un hecho. Y, mientras tanto, miles de millones sobreviven. La dinámica del centro -aquí sí- es la de «*Los Juegos del Hambre*»: no querer ver, para no sentir. Convertir la compasión en espectáculo cuando llega una tragedia mediática, una catástrofe medioambiental o un número de muertos suficiente como para alterar la placidez de la siesta. Y, mientras tanto, recluirse, cada vez más, en burbujas de seguridad con guardias en la puerta y derecho de acceso reservado.

El reto no es, en este caso, ir del centro a la periferia, sino conseguir que la diferencia entre uno y otra se difumine cada vez más. La reducción de la desigualdad es, probablemente, un mantra bienintencionado que, por el momento, está lejos de materializarse en dinámicas sociales, políticas y económicas concretas. Pero en algún momento la polarización creciente se volverá insostenible. Entonces es posible que algo empiece a cambiar.

Las periferias afectivas - La soledad

Me gustaría aplicar, por último, la mirada que distingue centros y periferias a la cuestión de los lazos sociales. De nuevo hay aquí cierta confusión. Vivimos en una época en la que conviven la proliferación de vínculos -en forma de redes de pertenencia, afinidad, sociabilidad, comunicación- y la soledad más radical, no siempre negativa, pero vivida por muchos con dolor y sensación de abandono.

Voy a proponer una lectura en la que el centro sería el lugar donde se producen los vínculos y los encuentros, mientras que la periferia es el espacio de la soledad, unas veces necesaria y otras veces destructiva. Somos seres sociales y, en la medida en que lo somos, necesitamos estar con otros. Nos interrelacionamos en muchos ámbitos de la vida. Al menos hay cuatro tipos de vínculos frecuentes: (1) los familiares, que, por más inestables que puedan resultar en algunos contextos, siguen siendo lo más permanente que tenemos; (2) los contextos laborales, que generan una convivencia permanente, no siempre fácil; (3) los tiempos compartidos en otros ámbitos, que conducen a implicaciones afectivas, amistad, colaboración, relaciones de ayuda o similares; y (4) la vinculación virtual a través de las redes sociales, fuente hoy de muchísima interacción hasta hace bien poco inexistente.

Todo eso voy a describirlo como el centro. Un espacio poblado. Lleno de nombres y de relaciones más o menos sólidas. En unos casos serán relaciones buscadas, y en otros, soportadas. En unos intensas, y en otros muy leves. Aprender a relacionarse, a

cuidar la coexistencia, a compartir tiempo y espacio, a cooperar, a escuchar y ser escuchados...: todo eso es profundamente humano. Y es necesario.

Pero al mismo tiempo necesitamos espacios de soledad. Necesitamos momentos y ámbitos de silencio, de distancia, de vacío. Todas las personas, de forma diferente en los distintos momentos de la vida, necesitamos, aunque no siempre seamos conscientes de ello, un espacio para nosotros mismos. De lo contrario, el torbellino de lo relacional puede resultar excesivo. He ahí la periferia.

Probablemente, lo que habría que buscar en este caso es el equilibrio entre centro y periferia en la propia vida. Centro habitado, poblado, abierto a la interacción y el intercambio; y periferia desnuda, silenciosa, acaso más reflexiva, donde tomar perspectiva y distancia. Ese equilibrio será único y distinto para cada persona. No se puede valorar en porcentajes ni en tiempo. Hay quien quizá necesite, busque y valore más la soledad. Y quien, por carácter, extroversión o historia, se sienta inclinado a buscar el encuentro y la compañía con mucha más frecuencia. Lo concreto es diferente para cada persona.

Entonces, ¿qué habría que evitar? Dos extremos. El primero, que la periferia (la soledad) se convierta en prisión. Y eso es algo demasiado frecuente en nuestra sociedad. Demasiadas personas se sienten incomunicadas, aisladas, excluidas de una red de vínculos verdaderos que sí parecen incluir a todos los demás. Es sorprendente la cantidad de gente que se siente sola (entendiendo dicha soledad como algo no buscado o no querido): más de la mitad de los españoles se han sentido solos en el último año, y un diez por ciento con mucha frecuencia²⁴. Y para muchos esa soledad es problemática -es decir, no querida-. Las circunstancias pueden tener que ver con datos demográficos (edad, género), sociales (enfermedad), psicológicos... No se trata aquí de trazar un perfil sociológico de la cuestión. Baste apuntar a la cuestión para mostrar dónde está el problema que hay que evitar. La soledad como abandono, como silencio obligado, como desolación vital o como incapacidad para forjar vínculos. Existen esas periferias. La paradoja es que quien está en ellas es a veces quien menos facilidad tiene para revertir su situación. Y solo podrá aferrarse a otros si esos otros le tienden una tabla de salvación, en forma de tiempo, contexto o espacios donde poder encontrarse. Ahí tenemos un reto como sociedad: el de salir a la búsqueda de esos abandonados anónimos para los que nadie parece tener tiempo, interés o lugar.

El segundo peligro, menor pero también real, es el de convertir el centro en una prisión. En este caso, lo que se produce es un vértigo constante de intercambios, encuentros, palabras y vínculos. Una necesidad de estar siempre rodeado de gente, ya sea real o virtual. Por ejemplo, las redes sociales provocan hoy en día en muchas personas la necesidad de estar constantemente conectadas -algo que en algunos casos se empieza a diagnosticar como patológico-. El temor al silencio -el *horror vacui*- podría muy bien definir dinámicas bastante extendidas en nuestra sociedad,

²⁴ Informe «La soledad en España», fundación AXA y fundación ONCE.

donde parece que siempre hay que estar haciendo algo, con alguien. En este caso, quizá lo necesario es salir algunas veces de ese centro abarrotado hacia las periferias, donde la desnudez, la soledad y quizá la intemperie se convierten en espacio donde buscar una verdad más despojada de accesorios.

A modo de conclusión: la fecundidad de las periferias

La celebración inminente de la Navidad nos invita a cerrar esta reflexión con una última mirada: ver la encarnación como un juego de centro y periferias.

Centro es Roma, lugar de decisiones y poder. Y lo es Jerusalén, lugar de intriga y control. Centro es la sinagoga y el patriarcado judío, que pone toda la autoridad y el prestigio en los varones, ninguneando a las mujeres. Y es la comodidad de la ciencia que se hace en salones de Oriente, mirando las estrellas.

Periferia es, en cambio, la vida de una muchacha ignorante, pero abierta a la acción de Dios. La perplejidad de un hombre justo a quien lo que ocurre se le escapa de las manos. Periferia es la intemperie del camino y de lo incierto. Es un establo que se convierte en morada improvisada. Es la decisión de los sabios de dejar de contemplar las estrellas desde lejos y echarse a seguirlas. Es, en fin, la noche al raso de los pastores.

En este caso, es en las periferias donde brotan la vida, la esperanza y la buena noticia. Quizá sigue siendo, para nuestro mundo una invitación, un grito y una promesa. Solo hay que empezar a moverse.

Hacia una reorganización de centros propios [sexta parte]

José Carlos Bermejo²⁵

IV. Factura

Y después de todo diagnóstico y de toda acción terapéutica, viene, lógicamente, la factura; porque en la vida, todo tiene un precio... Tenemos que saldar la factura de este proceso terapéutico. Desde el punto de vista económico, me agrada compartir la convicción de que cuesta más un religioso que un seglar pagado, así como cuesta más la falta de formación de lo que cuesta la formación misma -de por sí dispendiosa-.

Pero el precio más caro que debemos pagar quizás -digámoslo de nuevo- sea el de un cierto “nacer de nuevo” (Jn 3,3). Esta es una invitación a evangelizar; pero, al mismo tiempo, a dejarnos evangelizar cada día; no solo a amar, sino que a dejarnos amar; y, si fuera necesario, a reorganizarnos a partir de nuestra mente. Y ello se debe aplicar nuestra vivencia del carisma. Nos toca “dejarnos cuidar”, envejecer saludablemente, evangelizar y vivir la vida religiosa sanitaria sentados en la silla de ruedas que tantas veces hemos empujado.

Para terminar, querría decir que, si se me pidiera una reflexión sobre los aspectos positivos de las instituciones asistenciales y la pastoral de la salud animada por la vida consagrada, la haría con muchísimo gusto. He señalado, más bien, lo que vivo como reto para el liderazgo en una situación crítica.

La vida consagrada está viva. No es una máquina; no es un conjunto de trámites. También contiene emociones, valores, reflexiones, temores... Estos factores invisibles son más poderosos que las cuestiones administrativas, que la gestión de nuestro patrimonio y nuestras empresas prestadoras de servicios, y que las disposiciones y declaraciones de valor. A veces, los más hermosos y altos ideales declarados por los Capítulos, no se llevan a la práctica porque no hallan respuesta en la seguridad emocional de las personas, ni en sus ilusiones y expectativas. Si no

²⁵ Publicamos la última parte del capítulo cuarto de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

desarrollamos actitudes interiores de comunión, no sucederá nada entre nosotros.

Si la vida consagrada, como sistema viviente, se auto-organiza solo para su supervivencia, para una conservación patrimonial o del volumen de gestión (organización que tiende a ser defensiva), nada nuevo sucederá. Pero si esta auto-organización tiene lugar, también como ser viviente que quiere evolucionar, deberá seleccionar los comportamientos más aptos para cada momento. Y nuestro momento es caminar juntos y *“unidos” en pro de la justicia y de la solidaridad* en el mundo de la salud.

Es necesario impregnar el liderazgo carismático en las obras asistenciales y pastoral de la salud trabajando en clave de comunión eclesial; poniendo más corazón en las manos, más pasión, como también más tiempo y dedicación a esa inteligencia del corazón que puede transformarse en verdadero motor de humanización. Y actuemos con verdadera pasión, sin temor, leyendo en ellos la necesidad de denunciar las injusticias y los signos de deshumanización, y hablando siempre con la intensidad de un corazón apasionado. Quizás entonces no sea tan importante la cantidad de obras, cuanto el eco evangelizador que consigan en el mundo de hoy. “Dicen los manuales de los ejecutivos que cuando falta pasión y apasionamiento, se debe uno plantear el cambio de empresa”²⁶.

En efecto, el corazón, esa obra de ingeniería divina, con su trazado de conductos, bombas, válvulas, incansable fuente de calor -como diría Galeno-, que nos mantiene vivos y cuyas razones, a veces, la razón no entiende -parafaseando a Pascal-, llamado sede del pensamiento por Empédocles, nos puede mantener tensos y blandos, como lo hace un muelle, para contribuir a definir la identidad de las obras propias de la vida consagrada en el campo de los servicios sociales y de salud.

Si algo quería decir en estas páginas es que juntos, con Jesús de Nazaret en el centro, podemos seguir caminando en medio de riquezas carismáticas. Estos retos (juntos y Jesús en el centro) serán siempre sugerentes de formas nuevas y del gozo de buscar los ideales cristianos en las diferentes formas de vida cristiana.

²⁶ GONZÁLEZ-ALORD A, A., *Los próximos 30 años*, Barcelona: Alienta (2010) 30. Discurso de Clausura del Congreso “Evangelizar desde la Hospitalidad”, Granada, octubre 2009, citado por MARTIN, M., Hermanos de S. Juan de Dios, en: DE LA TORRE, J., *Pasado, presente y futuro de la bioética española*, Madrid: Comillas (2012) 94.

🎯 El anaquel

Identidad y misión del religioso hermano en la Iglesia. “Y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8) [tercera parte]

3. Ser hermanos hoy: un relato de gracia. “¡Permaneced en mi amor!” (Jn 15,9)

Un relato que sea historia de salvación

32. ¿Cómo pueden los hermanos ser hoy un *rostro* reconocible de la alianza, en continuidad con el ministerio del Siervo de Yahvé (cf. Is 42,6), y en fidelidad a la vocación profética recibida del Señor? ¿Cómo pueden seguir siendo memoria viva e interpelante para toda la Iglesia, del Jesús que sirve, lava los pies y ama hasta dar la vida? ¿Podrán sentir y valorar su mensaje, el que la Iglesia espera y necesita de ellos, el mensaje de la fraternidad? En definitiva, ¿qué implica *ser hermanos hoy*?

La respuesta a estas preguntas no es fácil ni simple, debido a las diferencias entre los múltiples Institutos religiosos y a la diversa situación de la vida religiosa en los distintos continentes.

La vida consagrada ha sido siempre *un relato de gracia* en la Iglesia y para el mundo: “un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu”, que orienta la mirada de los fieles “hacia el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero espera su plena realización en el cielo”²⁷.

La *vida de los hermanos es un relato*, una *historia de salvación* para sus contemporáneos, y entre ellos, especialmente para los más pobres. “La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha”²⁸. Lo propio de los hermanos es preocuparse por ser *don de Dios Padre* para aquellos a los que son enviados. Son transmisores del amor que pasa del Padre al Hijo y del Hijo a sus hermanos: “*Como el*

²⁷ VC 1.

²⁸ *Evangelii gaudium* 195.

Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor” (Jn 15,9). La permanencia que se les pide tiene un dinamismo activo, el del amor.

¿Quién es mi hermano?

33. La pregunta sobre qué significa *ser hermano hoy* supone la siguiente: *¿Quién es mi hermano?* Y la parábola del Buen Samaritano nos remite a esta otra: *¿Para quién, o de quién, nos hacemos hermanos?* La respuesta para los religiosos hermanos es clara: preferentemente, aquellos que más necesitan su solidaridad y que les vienen señalados por su carisma fundacional.

Para dar vitalidad y realismo al relato los hermanos están llamados a dejarse inspirar por una serie de iconos bíblicos, fundacionales y contemporáneos, que mejor pueden abrir su vida cotidiana al misterio de amor y alianza revelado por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Los dos primeros capítulos de esta reflexión están salpicados de iconos bíblicos, desde Moisés ante la zarza ardiendo y el Siervo de Yahvé, “alianza del pueblo”, hasta Pablo caído en el camino de Damasco. Jesús es el ícono central, que nos invita a ser memoria de su amor. El conjunto de esos iconos nos presenta el gran relato de la historia de salvación en la que los hermanos están llamados a actuar cooperando así en la obra salvadora de Dios.

Esos iconos bíblicos han de unirse, por una parte, a los iconos del período fundacional del propio Instituto, que recuerdan a los hermanos el fuego inicial que necesitan recuperar. Y por otra, a los íconos que transmiten hoy la voz del Espíritu: rostros de hermanos que en tiempos recientes han dado su vida, incluso hasta el martirio, en lugares de conflicto social o religioso; y también rostros de niños, jóvenes, adultos y ancianos que hoy viven dignamente gracias al apoyo y a la presencia cercana de los religiosos hermanos.

Hay muchos más rostros, que esperan aún que el Buen Samaritano se acerque a ellos para hacerse hermano suyo y darles vida. Con sus miradas reclaman al hermano los dones que él ha recibido como mediador y cuyos últimos destinatarios son ellos. Están invitando a los religiosos hermanos hoy, sea cual sea su edad, a componer un relato de gracia viviendo la pasión por Cristo y por la humanidad. La preocupación por la propia supervivencia, para que el relato de salvación se siga escribiendo, es justa. Pero mucho más procedente es el deseo de dar la vida, de enterrarse como el grano de trigo, sabiendo que Dios hará que produzca el *ciento por uno* en la forma que Él juzgue oportuno.

Establecer los fundamentos: la formación inicial

34. La historia del *hermano hoy* empieza a fundamentarse desde la formación inicial: en ella el candidato a este estilo de vida toma conciencia de la experiencia del Siervo: “*El Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre*

pronunció mi nombre.... Yo soy valioso para el señor, y en Dios se halla mi fuerza” (Is 49,1.5). Enraizado así en la iniciativa libre de Dios y en la experiencia personal de su amor gratuito²⁹, el joven formando va creciendo en el sentimiento de pertenencia al Pueblo de Dios, dentro del cual y para el cual ha sido elegido.

Un estudio adecuado de la eclesiología de comunión le ayudará a relacionarse con las personas que siguen las diversas formas de vida en las que se articula la vida eclesial³⁰; asimismo le animará a sentirse hermano con todos los hermanos y hermanas que forman el Pueblo de Dios. Podrá también descubrir y valorar sus propios dones, no como algo que le separa o eleva por encima de los demás, sino como la capacidad que ha recibido de aportar algo particular al crecimiento del Cuerpo de Cristo y a su misión en el mundo.

“Todos en la Iglesia son consagrados en el Bautismo y en la Confirmación”³¹. Profundizando en este cimiento común y leyéndolo desde la perspectiva propia del carisma fundacional, se llega a encontrar el sentido de la consagración del religioso hermano. La intuición teológica carismática que fundamenta su vocación ha de tenerse muy presente en la formación inicial. Dicha intuición revela una forma específica de vivir el evangelio mediante una consagración especial enraizada en la consagración bautismal y al servicio de una misión peculiar.

Alimentar la esperanza: la formación permanente

35. Los hermanos viven su vocación en el mundo de hoy de forma diversa: unos con cierto desencanto y frustración, otros con fidelidad, paz, alegría y esperanza. La formación permanente se hace necesaria para estimular a unos, para mantener a otros y para dar a todos la posibilidad de vivir el presente como *tiempo de gracia y de salvación* (cf 2 Cor 6,2). Hoy, más que nunca, es *una exigencia intrínseca de la consagración religiosa*³² y ha de ser programada en cada Instituto, en un proyecto lo más preciso y sistemático posible.

La formación permanente de los hermanos se orienta a que puedan revivir en nuestro tiempo el itinerario de los fundadores; a que descubran y apliquen en el presente el dinamismo que les movió a poner en marcha un proyecto de evangelización; a que releen el carisma fundacional a la luz de los desafíos y posibilidades actuales, lo descubran como raíz y profecía y se dejen inspirar por él para dar respuesta a los problemas del presente.

El objetivo de la formación permanente es dar claves para vivir la vida consagrada en el mundo y en la Iglesia de hoy, y proporcionar los criterios que orienten la presencia de los hermanos en el campo de la misión. Dicha formación les ha de llevar a apropiarse de valores que acompañen su acción. Debe plantearse como un proceso

²⁹ Cf VC 17.

³⁰ Cf VC 31.

³¹ Ibid.

³² VC 69.

de discernimiento comunitario para producir el cambio de toda la comunidad y no solo de los individuos aislados.

En lo posible, la formación ha de ser compartida, no solo con los miembros del propio Instituto sino con personas de otros estados de vida que participan del mismo carisma. Será también muy provechoso plantear una buena parte de ella en coordinación con otras familias carismáticas más o menos afines, sin descuidar por ello los rasgos peculiares de cada vocación.

Recuperar los maestros de vida y esperanza

36. Un caso particular es la formación permanente de los hermanos mayores, miembros activos en la construcción del relato común de salvación. Muchos de los religiosos hermanos desarrollan su misión en el ejercicio de profesiones seculares como la educación o la sanidad. Se necesita una mentalización previa para evitar que, de hecho, la jubilación laboral conlleve la jubilación religiosa. No existe jubilación en la misión evangelizadora, simplemente se participa en ella de diversas formas. Una, y muy importante, es la de apoyar la misión común con la oración y el sacrificio; otra forma son los pequeños servicios que se pueden ofrecer de acuerdo con su salud; y también, siendo testigos y protagonistas de la gratuidad.

La aportación que se espera de las personas mayores no es tanto la realización de tareas concretas sino principalmente el saber estar en medio de la comunidad como *maestros de vida y esperanza*, dispuestos a acompañar el camino y el cansancio de los que están más implicados en las tareas externas de la misión. De esta forma cooperan a que la comunidad de servicio sea para el conjunto de la sociedad el *signo profético*³³ de fe, amor y esperanza que esta necesita.

Profetas para nuestro tiempo

37. Cada tiempo necesita sus profetas. Nos hemos referido ya a diversos servicios proféticos que los religiosos hermanos ofrecen a la sociedad y a la Iglesia de hoy para contribuir a una mayor humanización de la sociedad y responder a su búsqueda de espiritualidad. Señalamos algunos otros que el momento actual de cambio social está requiriendo y que son una interpelación para los religiosos hermanos:

- La profecía de la hospitalidad como apertura y acogida al otro, al extranjero, al de religión, raza o cultura diferentes. Es un elemento esencial de la convivencia humana frente a la intolerancia, la exclusión y la falta de diálogo.
- La profecía del sentido de la vida. El servicio del diálogo y la escucha gratuita, a los que muchos religiosos y religiosas dedican gran parte de su tiempo, es una ayuda para el descubrimiento de lo esencial, frente al vacío existente en la sociedad del bienestar.

³³ Cf VC 85.

- La profecía de la afirmación de los valores femeninos en la historia de la humanidad. Las religiosas tienen aquí el papel principal de aportar la visión femenina de la vida y abrir así nuevos horizontes a la tarea evangelizadora en general. Los religiosos hermanos contribuyen a ahondar esta línea profética con su apoyo fraterno y su valoración de la presencia femenina, de religiosas y laicas, en la evangelización.
- La profecía del cuidado y defensa de la vida, de la integridad de la creación. Hay religiosas y religiosos que arriesgan su vida en la denuncia de prácticas y políticas que atentan contra la vida humana y su hábitat. Otros dedican gran parte de su tiempo y energías a trabajos manuales de conservación de la naturaleza. Con su consagración, unos y otros señalan, de diversa forma, el sentido y valor espiritual de esta misión, de conservar nuestro mundo para las nuevas generaciones.
- La profecía del sabio uso de las nuevas tecnologías para ponerlas al servicio de la comunicación, para democratizar la información, para que se busque el beneficio de los más desafortunados, y para hacer de ellas un instrumento útil en la tarea evangelizadora.

En familia: un nuevo modo de ser Iglesia

38. Los religiosos hermanos viven hoy frecuentemente su vocación integrados en familias carismáticas. Muchas de ellas vienen de antiguo, pero han sido profundamente renovadas, al tiempo que aparecen otras nuevas como fruto de la eclesiología de comunión impulsada por el Concilio Vaticano II. Ellas señalan una nueva manera de vivir y construir la Iglesia, un modo nuevo de compartir la misión y de poner en común los diversos dones que el Espíritu reparte entre los fieles. Representan “un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado”³⁴.

Los carísimos fundacionales nacidos con las Órdenes y Congregaciones religiosas, se despliegan hoy como ríos que riegan la faz de la Iglesia y se extienden más allá de ella. A sus orillas llegan fieles de diversos estados y proyectos de vida, para beber en sus aguas y participar en la misión de la Iglesia desde la inspiración y el vigor, siempre renovado, de dichos carísimos³⁵.

Laicos y laicas, religiosos, religiosas y sacerdotes se unen en una familia carismática para revivir juntos el carisma que ha dado origen a esta familia, para encarnar juntos el rostro evangélico que revela dicho carisma y servir juntos a la misma misión eclesial, que ya no es solo misión de un Instituto particular.

El religioso hermano encuentra en su familia carismática un entorno propicio para el desarrollo de su identidad. En dicho entorno los hermanos comparten la experiencia

³⁴ VC 54.

³⁵ Cf CIVCSVA, *Caminar desde Cristo* 31.

de la comunión y promueven la *espiritualidad de la comunión*, como verdadera sangre que da vida a los miembros de la familia y desde ella se extiende a toda la Iglesia³⁶. En la familia carismática los religiosos hermanos se sitúan junto a los otros cristianos y en función de ellos. *Con ellos* son hermanos que construyen una fraternidad para la misión, animada por el carisma fundacional; *para ellos* son signos de esa misma fraternidad que están llamados a vivir en la vida consagrada.

El vino nuevo, en odres nuevos

39. El vino nuevo necesita odres nuevos. Es responsabilidad de toda la Iglesia el favorecer que ese vino nuevo, no solo no se pierda, sino que pueda ganar en calidad.

- Los Institutos de Hermanos están urgidos a desarrollar nuevas estructuras y planes de formación inicial y permanente que ayuden a los nuevos candidatos y a los actuales miembros a redescubrir y valorar su identidad en el nuevo contexto eclesial y social.
- Los Institutos *llamados “mixtos”*³⁷ a los que se refiere la Exhortación Apostólica *Vita Consacrata*, formados por religiosos presbíteros y hermanos, están invitados a seguir avanzando en su propósito de establecer entre todos sus miembros un orden de relaciones basado en la igual dignidad, sin más diferencias que las derivadas de la diversidad de sus ministerios. Con el fin de favorecer este progreso, esperamos se resuelva con determinación y en un lapso de tiempo oportuno la cuestión acerca de la jurisdicción de los hermanos en dichos institutos.
- La teología de la vida consagrada está llamada a desarrollar una reflexión en profundidad, especialmente por los propios Institutos de Hermanos, sobre la vida religiosa de estos. Dicha reflexión se inspirará en la eclesiología y espiritualidad de comunión, fundamento del estilo de vida religiosa que se ha desarrollado en la Iglesia en los últimos siglos bajo la forma *de fraternidades de servicio*.
- Los superiores y órganos de gobierno de los Institutos han de reforzar su atención para descubrir los indicios de vida nueva, para promoverla y acompañarla, y para detectar las manifestaciones del carisma fundacional en las nuevas relaciones características de la Iglesia-Comunión.
- Los pastores y la jerarquía de la Iglesia están invitados a favorecer el conocimiento y la valoración del religioso hermano en las Iglesias locales, lo que se traduce en promover esta vocación, especialmente en la pastoral juvenil, y en facilitar que los religiosos hermanos y las religiosas participen activamente en los órganos de consulta, decisión y actuación de la Iglesia local.

³⁶ Cf VC 51.

³⁷ Cf VC 61.

El hilo del relato: “¡Permaneced en mi amor!”

40. Concluimos esta reflexión sobre la identidad y misión del religioso hermano, recordando el encargo del Maestro: “*Permaneced en mi amor*” (Jn 15,9). Los hermanos necesitan tenerlo bien presente mientras se entregan con ardor a *ser hermanos hoy*. “¡No perdamos el hilo del relato!”. Este hilo que va tejiendo su vida es la experiencia de sentirse enviados como signos de la ternura maternal de Dios y del amor fraterno de Cristo; es el hilo que da unidad a todas sus acciones y acontecimientos para constituirlos en historia de salvación. Cuando se pierde ese hilo, la vida se fragmenta en anécdotas que ya no remiten a Dios ni a su Reino sino que se convierten en autorreferentes.

En su afán por responder a las necesidades de la misión, los hermanos pueden ser acosados por la tentación del activismo, pues es mucho *el pan* que hay que preparar para los comensales. El activismo les vacía rápidamente de las motivaciones evangélicas y les impide contemplar la obra de Dios que se realiza en su acción apostólica. Dejándose llevar por él, terminan sustituyendo la búsqueda de Dios y su voluntad por la búsqueda de sí mismos.

Es provechosa la contemplación del icono que representa a Marta y María, visitadas por Jesús en su casa (Lc 10,38-42). Las dos hermanas viven *en tensión* recíproca. Se necesitan mutuamente, pero la convivencia no siempre es fácil. No cabe separarlas, si bien en cada momento puede predominar una u otra. Pero una de ellas está especialmente atenta al sentido y profundidad de la vida que le aporta la palabra de Jesús: María eligió “*la mejor parte*”, mientras Marta “*andaba afanosa en los muchos quehaceres*”.

El evangelista Lucas nos narra la escena de las dos hermanas, justamente a continuación de la del Buen Samaritano (Lc 10,30-37), el hombre que se hizo hermano de quien le necesitaba. Ambos iconos, pues, se complementan en el mensaje y recuerdan al religioso hermano la clave esencial de su identidad profética, la que le asegura la *permanencia en el amor de Cristo*: el hermano está llamado a ser un transmisor en la cadena de amor y alianza que viene del Padre por Jesús y que él ha experimentado en su persona. Mientras realiza esa función, y para no olvidarse de que es solo un instrumento movido por el Espíritu en la obra de Dios, habrá de recordar siempre la palabra de Jesús: “*Sin mí no podéis hacer nada*” (Jn 15,5).



🎯 El anaquel

Por qué un jubileo de la misericordia

Papa Francisco

1. ¿Por qué un jubileo de la misericordia? (audiencia general del 9-12-2015)

Ayer he abierto aquí, en la basílica de San Pedro, la Puerta santa del Jubileo de la misericordia, después de haberla abierto en la catedral de Bangui, en Centroáfrica. Hoy quisiera reflexionar juntamente con vosotros acerca del significado de este Año santo, respondiendo a la pregunta: *¿por qué un Jubileo de la Misericordia?* ¿Qué significa esto?

La Iglesia tiene necesidad de este momento extraordinario. No digo: es bueno para la Iglesia este momento extraordinario. Digo: la Iglesia necesita este momento extraordinario. En nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios. Y el Jubileo es un tiempo favorable para todos nosotros, para que contemplando la Divina Misericordia, que supera todo límite humano y resplandece sobre la oscuridad del pecado, lleguemos a ser testigos más convencidos y eficaces.

Dirigir la mirada a Dios, Padre misericordioso, y a los hermanos necesitados de misericordia, significa orientar la atención hacia el *contenido esencial del Evangelio*: Jesús, la Misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del Amor trinitario de Dios. Celebrar un Jubileo de la Misericordia equivale a poner de nuevo en el centro de nuestra vida personal y de nuestras comunidades lo específico de la fe cristiana, es decir Jesucristo, el Dios misericordioso.

Un Año santo, por lo tanto, para *vivir la misericordia*. Sí, queridos hermanos y hermanas, este Año santo se nos ofrece para experimentar en nuestra vida el toque dulce y suave del perdón de Dios, su presencia junto a nosotros y su cercanía sobre todo en los momentos de mayor necesidad.

Este Jubileo, en definitiva, es un momento privilegiado para que la Iglesia aprenda a elegir únicamente «lo que a Dios más le gusta». Y, ¿qué es lo que «a Dios más le gusta»? Perdonar a sus hijos, tener misericordia con ellos, a fin de que ellos puedan a su vez perdonar a los hermanos, resplandeciendo como antorchas de la misericordia de Dios en el mundo. Esto es lo que a Dios más le gusta. San Ambrosio, en un libro

de teología que había escrito sobre Adán, toma la historia de la creación del mundo y dice que Dios cada día, después de crear cada cosa —la luna, el sol o los animales— dice: «Y vio Dios que era bueno». Pero cuando hizo al hombre y a la mujer, la Biblia dice: «Vio que era muy bueno». San Ambrosio se pregunta: «¿Por qué dice “muy bueno”? ¿Por qué Dios está tan contento después de la creación del hombre y de la mujer?». Porque al final tenía alguien a quien perdonar. Es hermoso esto: la alegría de Dios es perdonar, la esencia de Dios es misericordia. Por ello en este año debemos abrir el corazón, para que este amor, esta alegría de Dios nos colme a todos con esta misericordia. El Jubileo será un «tiempo favorable» para la Iglesia si aprendemos a elegir «lo que a Dios más le gusta», sin ceder a la tentación de pensar que haya alguna otra cosa que sea más importante o prioritaria. Nada es más importante que elegir «lo que a Dios más le gusta», es decir su misericordia, su amor, su ternura, su abrazo, sus caricias.

También la necesaria obra de renovación de las instituciones y de las estructuras de la Iglesia es un medio que debe llevarnos a tener una experiencia viva y vivificante de la misericordia de Dios que, ella sola, puede garantizar a la Iglesia ser esa ciudad ubicada sobre un monte que no puede permanecer oculta (cf. *Mt 5, 14*). Resplandece sólo una Iglesia misericordiosa. Si olvidáramos, incluso por un momento, que la misericordia es «aquello que a Dios más le gusta», cada uno de nuestros esfuerzos sería en vano, porque nos convertiríamos en esclavos de nuestras instituciones y de nuestras estructuras, por más renovadas que puedan estar. Pero seremos siempre esclavos.

«Sentir intensamente dentro de nosotros la alegría de haber sido encontrados por Jesús, que, como Buen Pastor, ha venido a buscarnos porque estábamos perdidos» (*Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*, 11 de abril de 2015): este es el objetivo de la Iglesia en este Año santo. Así reforzaremos en nosotros la certeza de que la misericordia puede contribuir realmente en la edificación de un mundo más humano. Especialmente en nuestro tiempo, donde el perdón es un huésped raro en los ámbitos de la vida humana, la referencia a la misericordia se hace más urgente, y esto en todos los sitios: en la sociedad, en las instituciones, en el trabajo y también en la familia.

Cierto, alguien podría objetar: «Pero, padre, la Iglesia, en este Año, ¿no debería hacer algo más? Es justo contemplar la misericordia de Dios, pero hay muchas otras necesidades urgentes». Es verdad, hay mucho por hacer, y yo en primer lugar no me canso de recordarlo. Pero hay que tener en cuenta que, en la raíz del olvido de la misericordia, está siempre *el amor propio*. En el mundo, esto toma la forma de la búsqueda exclusiva de los propios intereses, de placeres y honores unidos al deseo de acumular riquezas, mientras que en la vida los cristianos se disfraza a menudo de hipocresía y de mundanidad. Todas estas cosas son contrarias a la misericordia. Los lemas del amor propio, que hacen que la misericordia sea algo extraño al mundo, son tantos y tan numerosos que con frecuencia ya no somos ni siquiera capaces de reconocerlos como límites y como pecado. He aquí porqué es necesario reconocer el

hecho de ser pecadores, para reforzar en nosotros la certeza de la misericordia divina. «Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia». Esta es una oración muy bonita. Es una oración fácil de recitar todos los días: «Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia».

Queridos hermanos y hermanas, deseo que en este Año Santo cada uno de nosotros experimente la misericordia de Dios, para ser testigos de «lo que a Él más le gusta». ¿Es cuestión de ingenuos creer que esto pueda cambiar el mundo? Sí, humanamente hablando es de locos, pero «lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1, 25).

2. Los signos del jubileo de la misericordia (audiencia general del 16-12-2015)

El domingo pasado se abrió la Puerta santa de la Catedral de Roma, la basílica de San Juan de Letrán, y se abrió una *Puerta de la Misericordia* en la catedral de cada diócesis del mundo, también en los santuarios y en las iglesias indicadas por los obispos. El Jubileo es en todo el mundo, no solamente en Roma. He deseado que este signo de la Puerta santa estuviera presente en cada Iglesia particular, para que el Jubileo de la Misericordia pueda ser una experiencia compartida por todas las personas. El Año Santo, de este modo, ha comenzado en toda la Iglesia y se celebra tanto en Roma como en cada diócesis. También la primera Puerta santa se abrió en el corazón de África. Y Roma es el signo visible de la comunión universal. Que esta comunión eclesial sea cada vez más intensa, para que la Iglesia sea en el mundo el signo vivo del amor y la misericordia del Padre.

También la fecha del 8 de diciembre ha querido subrayar esta exigencia, vinculando, a 50 años de distancia, el inicio del Jubileo con la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. En efecto, el Concilio contempló y presentó la Iglesia a la luz del misterio de la comunión. Extendida en todo el mundo y articulada en tantas Iglesias particulares es, sin embargo, siempre y sólo la única Iglesia de Jesucristo, la que Él quiso y por la cual se entregó a sí mismo. La Iglesia «una» que vive de la comunión misma de Dios.

Este misterio de comunión, que hace de la Iglesia signo del amor del Padre, crece y madura en nuestro corazón, cuando el amor, que reconocemos en la Cruz de Cristo y en el cual nos sumergimos, nos hace amar del mismo modo que nosotros somos amados por Él. Se trata de un Amor sin fin, que tiene el rostro del perdón y la misericordia.

Pero la misericordia y el perdón no deben quedarse en palabras bonitas, sino realizarse en la vida cotidiana. *Amar y perdonar son el signo concreto y visible que la fe ha transformado nuestro corazón* y nos permite expresar en nosotros la vida misma de Dios. Amar y perdonar como Dios ama y perdona. Este es un programa de vida que no puede conocer interrupciones o excepciones, sino que nos empuja a ir siempre más allá sin cansarnos nunca, con la certeza de ser sostenidos por la presencia

paterna de Dios. Este gran signo de la vida cristiana se transforma después en muchos otros signos que son característicos del Jubileo. Pienso en quienes atravesarán una de las Puertas Santas, que en este Año son verdaderas Puertas de la Misericordia. La Puerta indica a Jesús mismo que ha dicho: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos» (Jn 10, 9). *Atravesar la Puerta santa es el signo de nuestra confianza en el Señor Jesús* que no ha venido para juzgar, sino para salvar (cf. Jn 12, 47). Estad atentos que no haya alguno más despierto, demasiado astuto que os diga que se tiene que pagar: ¡no! La salvación no se paga, la salvación no se compra. La Puerta es Jesús y ¡Jesús es gratis! Él mismo habla de quienes no dejan entrar como se debe, y simplemente dice que son ladrones y bandidos. De nuevo, estad atentos: la salvación es gratis. Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Cuando atravesemos esa Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Estoy delante de la Puerta Santa y pido: «Señor, ¡ayúdame a abrir la puerta de mi corazón!». No tendría mucha eficacia el Año Santo si la puerta de nuestro corazón no dejara pasar a Cristo que nos empuja a ir hacia los demás, para llevarlo a Él y su amor. Por lo tanto, igual que la Puerta santa permanece abierta, porque es el signo de la acogida que Dios mismo nos reserva, así también nuestra puerta, la del corazón, ha de estar siempre abierta para no excluir a ninguno. Ni siquiera al que o a la que me molesta: a ninguno.

Un signo importante del Jubileo es también *la Confesión*. Acercarse al Sacramento con el cual somos reconciliados con Dios equivale a tener experiencia directa de su misericordia. Es encontrar el Padre que perdona: Dios perdona todo. Dios nos comprende también en nuestras limitaciones, nos comprende también en nuestras contradicciones. No solo, Él con su amor nos dice que cuando reconocemos nuestros pecados nos es todavía más cercano y nos anima a mirar hacia adelante. Dice más: que cuando reconocemos nuestros pecados y pedimos perdón, hay fiesta en el cielo. Jesús hace fiesta: esta es su misericordia. No os desaniméis. Adelante, ¡adelante con esto!

Cuántas veces me han dicho: «Padre, no puedo perdonar al vecino, al compañero de trabajo, la vecina, la suegra, la cuñada». Todos hemos escuchado esto: «No puedo perdonar». Pero, ¿cómo se puede pedir a Dios que nos perdone, si después nosotros no somos capaces del perdón? Perdonar es algo grande y, sin embargo, no es fácil perdonar, porque nuestro corazón es pobre y con sus fuerzas no lo puede hacer. Pero si nos abrimos a acoger la misericordia de Dios para nosotros, a su vez somos capaces de perdón. Muchas veces he escuchado decir: «A esa persona yo no la podía ver: la odiaba. Pero un día me acerqué al Señor, le pedí perdón por mis pecados, y también perdoné a esa persona». Estas son cosas de todos los días, y tenemos cerca de nosotros esta posibilidad. Por lo tanto, ¡ánimo! Vivamos el Jubileo iniciando con estos signos que llevan consigo una gran fuerza de amor. El Señor nos acompañará para conducirnos a experimentar otros signos importantes para nuestra vida. ¡Ánimo y adelante!

MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE

